



PERIÓDICO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS, ETC.

Director Literario: D. CAYETANO ROSELL

ARTÍSTICOS: DON FRANCISCO SANS y DON CÁRLOS CAPÚZ

De Música: D. FRANCISCO ASENJO BARBIERI. — MADRID 4 DE ENERO DE 1874. — De Modas: Sra. BARONESA DE WILSON

AÑO I.

Fundadores propietarios: BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA de Astor hermanos

NUM. 1.º



TEATRO SOLIS EN MONTEVIDEO

ADVERTENCIAS

Con el presente número recibirán nuestros suscritores el figurín iluminado y el pliego de patrones que les hemos ofrecido.

Suplicamos á todas aquellas personas suscritas á nuestro periódico que no hayan remitido el importe de su suscripción, lo efectúen en libranzas contra el Giro Mútuo ó en sellos de correos.

ÍNDICE

TEXTO.—LA ILUSTRACION UNIVERSAL á sus lectores, por la Direccion.—CRÓNICA EXTRANJERA, por don Eduardo de Mier.—IDEM INTERIOR, por don Antonio Alcalá Galiano.—LA GUERRA CIVIL, por don Antonio Piralá.—República cordobesa-gótica, por don Antonio Benavides.—El día de Reyes, por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—CRÓNICA TEATRAL, por don Rafael Nieva.—El Manco de Lepanto, episodio de la vida de Miguel de Cervantes Saavedra, por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—Poesías: Morir de amor (balada), por don Antonio Hurtado; En el abanico de la señorita doña C. de B., por don José Alcalá Galiano.—Modas: CRÓNICA SEMANAL, por la Baronesa de Wilson.—EXPLICACION DE LOS FIGURINES.

GRABADOS.—Teatro Schu en Montevideo.—Don Juan Eugenio Hartzenbusch.—Marcha de una partida carlista.—La noche de Reyes.—Hamlet y Ofelia.—Ministerio de la Guerra.—Cervantes.—Figurines.

LA ILUSTRACION UNIVERSAL

A SUS LECTORES

Un periódico más donde tantos se publican y tantos nuevos se anuncian y dan á luz casi diariamente, no es acontecimiento que pueda tener importancia alguna. Sea que la curiosidad, ráfaga que pasa por la imaginación sin llegar al ánimo, se satisfaga pronto, sea por nuestra propensión natural á hallar semejanza y áun identidad entre lo que conocemos y lo desconocido, ello es que aunque lo nuevo place, una vez gozado, tarda poco en caer en la indiferencia y en el olvido.

Esta indicación bastará para que, sin hacer alarde de escepticismo, aunque mostrándonos desde luego un tanto escépticos, no se nos tache ni de inexpertos ni de confiados. Pasamos ya, quizá afortunadamente, de la edad de las ilusiones; no pretendemos acertar en lo que han errado tantos; pero si de algo sirve el desengaño, esta ventaja creemos llevar á nuestros predecesores, y á falta de otro acierto, tendremos por lo ménos el de nuestra desconfianza.

Decía un historiador, célebre entre nosotros, que por uno de dos afectos se mueve el corazón del hombre, por el temor ó por la esperanza. No pensamos glosar su axioma, ni tampoco contradecirlo; obligados, sin embargo, á optar entre uno ú otro de ambos extremos, preferimos merecer el concepto de medrosos, ántes que el de atrevidos; que no siempre favorece á estos la fortuna, y no es raro ver que prospere más el que ménos la solicita. Hecha así nuestra *profesion de fe*, como se llama ahora, procuraremos completarla, exponiendo llanamente, sin más sutilezas ni digresiones, cuáles son nuestros propósitos, y el plan que hemos pensado adoptar para realizarlos.

El periódico *ilustrado*, por lo ménos en su forma actual, es de invención moderna: á su índole más ó ménos enciclopédica, reúne, ya por vía de demostración, ya como tema de sus escritos, la representación gráfica de todo aquello que se juzga más útil ó interesante. No vive, como el periódico *político*, de la opinión del día, ni sirve de enseña á bando ó partido alguno, ni se hace eco irreflexivo del clamor de la muchedumbre; goza de vida propia, discurre libremente por todas las regiones del Universo, y aspira y acierta á ser fiel, aunque mudo intérprete de la ciencia en sus múltiples esferas, de la literatura en sus varios géneros, y del arte en sus bellas cuanto infinitas manifestaciones.

Por lo mismo que es tan vasto el campo que hemos de recorrer, se ofrece más fácil y desembarazado á nuestras miradas. En estrecho recinto mal pueden trazarse fábricas anchurosas; la luz se consumiría á sí propia, si no se difundiese por los ámbitos del espacio; la fuerza es tanto mayor, cuanto más expansión se concede á la virtud de que nace su ímpetu. Trasladarnos al mundo antiguo para averiguar sus orígenes más probables, la vida y condición de los seres que le poblaban, las sucesivas transformaciones por que pasó su suelo; descender á tiempos ménos remotos, aunque envueltos todavía en las sombras de la tradición, para deslindar lo demostrado de lo improbable, lo histórico de lo mitológico y fabuloso; acercarnos, guiados por un espíritu sinceramente investigador, á períodos más conocidos, con el fin de estudiar las vicisitudes de sus pueblos, su modo de ser, sus instituciones; de los monumentos que aún subsisten referentes á civilizaciones posteriores y á la enérgica vitalidad de los siglos medios, deducir cuanto puede excitar nuestro interés ó contribuir á nuestra enseñanza; y por último, bosquejar el cuadro de los sucesos más notables acaecidos en las postreras épocas, ó que al presente se realizan, retratando de paso á los personajes que en ellos intervienen, héroes ó gobernantes, génios ó bienhechores de la humanidad en cualquier concepto; tal es la serie de estudios y asuntos con que la historia universal nos brinda, y que formará una de las secciones constantes de nuestro periódico.

La referente al movimiento científico de nuestros días en todos los ramos del saber humano, alternará con los viajes, usos y costumbres de cada país, sus monumentos y antigüedades, ya se consideren bajo su aspecto histórico y artístico, ya en relación con otros de su especie, conocidos de tiempo atrás ó sacados del olvido á consecuencia de recientes descubrimientos. Y para que, sobre todo, los relativos á nuestra patria produzcan fructíferos resultados, excitamos el celo de las personas versadas en este género de trabajos é investigaciones, y les rogamos que nos auxilien en este empeño, asociándose benévolamente á nuestras tareas.

Por si los extraños á ellas las juzgan áridas, halagaremos igualmente sus aficiones, recurriendo al encanto de las artes de inspiración, al atractivo de las suntuarias, al grato solaz que ofrecen las mecánicas y manuales; con lo que todos, cualquiera que sea su gusto, su sexo ó su condición, hallen en estas páginas, ó un lenitivo á su tedio, ó una distracción á cuidados más graves y á más penosas ocupaciones.

En un periódico esencialmente literario por su forma y por su fondo, tienen, si no derecho de preferencia, lugar reservado y propio la poesía, las ficciones en prosa, la crítica social y estética, cuantos asuntos sugiere á la mente humana la contemplación del mundo exterior, cuantos afectos inspira al corazón el culto de la belleza. Abiertas están nuestras columnas, no sólo á nuestros colaboradores habituales, sino á todo el que con las producciones de su ingenio se digne favorecerlos: no juzgaremos el mérito de ninguna; y si nos reservamos el derecho de la elección, únicamente es por poner á salvo la responsabilidad de nuestro criterio.

Queda, pues, determinado el carácter de esta publicación en las precedentes indicaciones, y al tenor de ellas procederemos en la ejecución de nuestro propósito. Si la voluntad y el buen deseo, áun más que la inteligencia, son garantía segura del acierto, desde luego nos prometemos resultados satisfactorios. Al público, que es nuestro juez, toca alentarnos con su indulgencia; á nosotros

justificarla, no omitiendo sacrificio ni solicitud alguna para realizar cuanto prometemos.

LA DIRECCION.

CRÓNICA EXTRANJERA

Referir los sucesos más importantes que ocurran en las demás naciones y que sean de mayor interés para nuestra España, sin pretensiones filosóficas ni históricas, con orden, claridad, verdad y sencillez, para que los lectores conozcan con una rápida ojeada los hechos más notables del extranjero, ó los recuerden sin trabajo, será en lo sucesivo el objeto á que ha de consagrarse esta sección del periódico.

Excusamos decir que omitiremos por supérfluo todo linaje de comentarios. Se ha abusado tanto del filosofismo en las ciencias históricas, torciendo y desfigurando el origen, naturaleza y consecuencias de los acontecimientos, para plegarlos á las opiniones políticas ó filosóficas del escritor; se ha bastardeado hasta tal extremo la augusta índole de tan fructuoso estudio, anteponiendo lo individual á lo general y á lo absoluto, lo efímero á lo eterno, lo instable presente á lo futuro más duradero, y la verdadera grandeza de las naciones y de la humanidad á medios personales y egoístas, que, naciendo primero el disgusto, y poco después la aversión de todos los hombres sensatos á las disertaciones filosófico-históricas, han vuelto los ojos con deleite á algunas narraciones y crónicas antiguas, en las cuales, como en los cuadros de los primeros pintores del cristianismo, crecen al lado de graves errores y de excusable ignorancia, las brillantes flores de la ingenua sencillez, de la fe y del más puro amor á la verdad.

Por otra parte, es innegable que á mayor ilustración acompaña siempre más osada arrogancia, y que ofende á los lectores, acostumbrados á divagar sin guía ni tutela por el campo de la historia contemporánea, que el escritor se erija *propria auctoritate* en su inspirador y maestro, se posesione sin licencia de su corazón y entendimiento, é intente acaso arrastrarlo á amar lo que aborrece, ó á odiar lo que le agrada. Los Telémacos y los ciegos de espíritu son más raros cada día, y los Mentores y los lazariños, hasta en la historia, por regla general, se rechazan y se detestan. Una vez conocidas las opiniones de un escritor, se conoce también de antemano el juicio que formará de los hechos. ¿A qué, pues, repetir lo que se sabe, apurando la paciencia del que lee, y disponiéndolo, no en favor, sino en contra del que escribe? Aunque sea el lector para el autor lo que Angélica para Rolando ó Dulcinea para Don Quijote, esto es, un ídolo terrenal, en cuyas aras se ha de rendir un culto tan respetuoso como delicado, se expone á soliviantar sus iras y á que dé rienda suelta á sus desdenes.

Las leyes de la divisibilidad política entre nosotros, puesto que escribimos principalmente para españoles, se oponen también á esta pretensión, dado el caso de que la tuviéramos. Como nos proponemos conciliar la benevolencia de nuestros conciudadanos, desentendiéndonos de sus ideas ó simpatías políticas, claro es también que no hemos de incurrir en el absurdo de emplear medios contrarios á nuestro propósito, y lo sería sin duda, en la imposibilidad de defender opiniones agradables á todos, la de sostener una sola, con relación á los sucesos exteriores, simpática á pocos, y antipática á la gran mayoría de los españoles. La política, además, se ha enseñoreado tan profundamente de nuestra existencia, extendiendo su tenebroso manto desde los alcázares de los potentados hasta las chozas más humildes, y nos envuelve, y nos estrecha y atosiga á todos hasta tal punto, que, desembarazarnos de ella, aunque sea por contados instantes, es como vernos libres del dogal que ha de ahogarnos, como si desapareciera de repente dolencia aguda, que nos atormenta largo tiempo y que amenaza acabar con nuestra vida, ó, por último, como si después de perdurables años, pasados en la prisión más oscura y más hedionda, respiráramos, á los rayos luminosos del sol, el ambiente purísimo de los campos.

No se crea por esto que la empresa es tan fácil como podrá parecer á primera vista.

Si la crítica histórica, con relación á los tiempos pasados, lucha con poderosos obstáculos para el esclarecimiento de la verdad, viéndose obligada á analizar los hechos sin descanso, á comparar testimonios, á consultar inscripciones y monumentos de todo género, no los encuentra ménos graves en nuestra época, aunque se trate

de sucesos recientes. Las pasiones políticas, interesadas muchas veces en callar los hechos, ó en exagerarlos, desfigurarlos ó empequeñecerlos; la influencia, que en la Bolsa y en las ganancias ó pérdidas de los particulares pueden tener esos mismos hechos, si se presentan con los caracteres aparentes de la verdad; el afán de causar efecto, que embarga en ocasiones á los encargados de comunicarlos y de publicarlos; la avidez con que se acogen los más sorprendentes é inesperados; y por último, la dócil rapidez con que el telégrafo, nuevo sentido de la sociedad moderna, los trasmite desde los puntos más distantes del globo, embarazan con frecuencia de tal manera, que no queda otro recurso que anunciarlos como simples rumores, que esperan de la mano del tiempo su confirmación ó su desvanecimiento.

Lo que se llama el buen sentido, sin embargo, el deseo y el firme propósito de no decir más que la verdad, y el empleo de todos los medios adecuados para conocerlo, pueden ser, sin duda alguna, eficaces auxiliares para el logro de este objeto.

Pero ¿cuáles son esos medios? ¿existen verdaderamente? ¿llenarán el fin de los que los emplean? ¿satisfarán á los lectores por completo?

Basta su simple enumeración para contestar á tales preguntas.

Los editores de nuestro periódico no han perdonado sacrificios ni dispendios para que esta sección del mismo corresponda plenamente á su deseo. Con tal propósito se han suscrito, sin reparar en gastos, á los periódicos más acreditados que se publican en ambos mundos; tienen en las capitales de todos los pueblos civilizados corresponsales activos é inteligentes, encargados de comunicarles los más importantes sucesos, y se hallan dispuestos, cuando así lo exija la índole de estos, ó la natural curiosidad de los lectores, á comisionar á personas idóneas, entendidas, para que se trasladen á donde fuere necesario, y les transmitan cuantas noticias sean indispensables para dejar á los lectores satisfechos. Conocen perfectamente que las justas pretensiones del público son mayores cada día, porque es mayor su ilustración, más sana su crítica, más extensos sus conocimientos, y que todo aquel que solicita un favor, se halla en cambio obligado á no omitir medio ni diligencia para merecerlo y conservarlo.

Y no por esto ignoran que se ha abusado de su credulidad y buena fe hasta un extremo indecible, derramando sobre él copiosa lluvia de promesas, que no han humedecido el suelo, y abriendo después los corazones á la desconfianza más acerba. No insisten, pues, más en hacer alarde de sus propósitos, y dejan al tiempo el cuidado de demostrar que, parcos en palabras y buenas frases, han sido hasta pródigos en hechos.

Bastan estas leves indicaciones para conocer el espíritu y tendencias que han de observarse en la crónica del extranjero. Narrar de la manera más útil y agradable, dejando al lector que, si le place, filosofe y comente; tal será siempre nuestro método.

En el número próximo, para proceder con orden, haremos una ligera reseña retrospectiva de los sucesos más importantes acaecidos en el año último; y en el inmediato podremos entrar ya en materia, puesto que el *singula quæque locum teneant sortita decenter*, tan aplicable es á las obras inmortales del ingenio, como al más humilde artículo de periódico.

EDUARDO DE MIER.

CRÓNICA INTERIOR

En instantes solemnes, en circunstancias críticas, empecemos nuestra tarea, aun cuando, necesario es confesarlo, bajo el punto de vista de dar vida, animación y colorido á esta parte de la LA ILUSTRACION UNIVERSAL, ninguna situación más favorable, ningún momento más propicio podía presentárenos. Los antecedentes que deben tenerse en cuenta son muchos é importantes, y á través del velo de lo futuro, se divisan confusamente acontecimientos gravísimos que pueden dar por resultado resoluciones destinadas á encauzar la política en corrientes determinadas, y entre sí bien diversas. Cuáles serán estos acontecimientos, cuáles serán estas soluciones, ese es el misterio, eso es lo vedado á quien no se atreva, como no nos atrevemos nosotros, á hacer aventuradas profecías. Ni decir lo que esperamos para mañana, ni juzgar con determinado y sistemático criterio lo de hoy, es nuestra misión; muy al contrario, relatar sencillamente hechos, y acompañarlos

sólo de reflexiones imparciales, es el deber que nos hemos impuesto y pensamos cumplir fielmente.

Hemos tenido, durante el año que acaba de terminar, una serie de cuadros disolventes en el teatro de la política, tan variada como pudiera desear el más exigente espectador. ¿Quién no los recuerda? Y á pesar de todo, conviene consignar aquí los más notables.

La abdicación del rey Amadeo; la república española, obra de conciliación; la ruptura del compromiso entre radicales y antiguos republicanos; el triunfo de los últimos en 23 de Abril; la convocación de las Cortes constituyentes; la prudente retirada de Figueras; las primeras disidencias entre intransigentes y conservadores; el mando de Pi; la mayoría conservadora que le había elegido retirándole su confianza y traspasándola á Salmeron; los escrúpulos de éste ante tristes exigencias del bien público, y su retirada; y por último, Castelar sin vacilar ante sus principios y el bien de la patria, reclamando y obteniendo de las Cortes la dictadura más lata que se ha conocido, y la suspensión de las sesiones hasta la hora en que escribimos estas líneas, son el resumen de los más culminantes hechos de este período.

Entre tanto, males sin cuento han ido cayendo sobre nuestra desdichada patria, pues al paso que esto sucedía, la indisciplina de las tropas era causa de graves trastornos en ciudades importantes, de reverses en la campaña carlista, y del gran incremento que ha adquirido esta causa, primero en Cataluña, Navarra y Provincias Vascongadas, y recientemente en Valencia y Aragón. El estado precario de la Hacienda, y la consiguiente ruina del crédito nacional, que en un año ha venido á reducir á la mitad de su valor la mayoría de los efectos públicos, ya entonces á tipo tan bajo, nos han traído á las puertas de la bancarrota; y en fin, la rebelión contra el Gobierno central de Madrid en nombre del principio de federación cantonal, vendida en toda Andalucía y Valencia, aún tremola su bandera en la importante plaza fuerte de Cartagena, sin que se espere su rendición, sino después de practicadas todas las difíciles, largas y sangrientas operaciones de un sitio y un asalto.

Para que nada falte á tan triste y desconsolador conjunto de males, el apresamiento del vapor *Virginus*, armado de los Estados Unidos, para auxiliar, como repetidamente lo ha hecho, á los insurrectos cubanos, en vez de ser un suceso que proporcionase á España la ocasión de deshacerse de ese mantenedor tenaz de la guerra que asola á la gran Antilla, ha dado lugar á injustas y violentas reclamaciones de nuestra hermana mayor de la América del Norte, que en esta ocasión más bien se ha mostrado insufrible cuñada; á las que se ha cedido, para venir después á saberse que los mismos tribunales de la Unión han declarado el buque buena presa, porque no tenía derecho á llevar la bandera americana.

Entre tanto, el *Virginus* se ha devuelto, hiriendo con ello hondamente el sentimiento patriótico de los españoles en Cuba y aún en la Península, y Dios sabe si los Estados Unidos, á pesar de la declaración legal, nos le restituirán como deben.

La campaña carlista tiene una sección especial en LA ILUSTRACION, y á cargo de persona tan competente, que fuera necio é inoportuno entrar en el campo que le está reservado. Baste aquí sólo consignar que, á pesar de los esfuerzos de Moriones en el Norte y del valor de sus tropas, hoy se hallan estas un tanto alejadas del teatro de las operaciones, y el grueso de la facción sobre Bilbao, cuyo bloqueo é incomunicación ha completado con el corte de la vía.

Una reunión, compuesta del Presidente del Poder Ejecutivo, el ministro de la Guerra, los directores de las armas y los capitanes generales de ejército, se celebró el martes último en el ministerio de la Guerra. Sus acuerdos, que ignoramos, y aún cuando los supiéramos no podríamos hacer públicos por razones bien fáciles de comprender, se refirieron, según nos aseguran, á un nuevo plan de campaña para el Norte.

Las operaciones del sitio de Cartagena siguen su curso regular, por el cual la toma de la plaza es inevitable, pero sin que pueda fijarse el día en que se llevará á cabo. Un gran incendio, visto desde el campo sitiador y que terminó con una fortísima explosión, ha hecho pensar si se habría volado alguna de las fragatas que están en poder de los cantonales.

La próxima reunión de la Asamblea constituyente y los sucesos á que puede dar lugar, han llegado á ser la pesadilla de pobres y ricos, y hasta de mujeres y chiquillos

Tras de un entreacto de cien días, se va á alzar de nuevo el telón en el gran teatro de la política española. La fama del autor de la obra que se representa y la de los ilustres artistas que actualmente forman la compañía, atraen de un modo extraordinario la atención del respetable público contribuyente.

Se sabe que el drama tiene carácter social, y mucho se espera del talento reconocido de sus intérpretes principales, Castelar, Salmeron, Pi, Figueras y otros que no trae el cartel, pero que tal vez se presenten en escena, así como de las numerosas y bien aleccionadas comparsas de soldados, guerreros cantonales y pueblo que han de salir á las tablas.

Suenan los primeros acordes de la orquesta. ¡Atención! Pronto va á subir el telón. Espectadores, descubrid y coged los gemelos.

En verdad que el interés del público está justificado, pues lo que se sabe del drama es tremebundo, y nadie conoce aún ni sospecha el desenlace.

Elló es que Castelar, de acuerdo con Salmeron, habían venido sosteniendo el orden y procurando allegar hombres y dinero para dominar las dos insurrecciones, la carlista y la cantonal; y aún cuando no hubiesen correspondido siempre los resultados á sus esfuerzos, la opinión les agradecía lo que habían conseguido. Pero ocurriósele al primero nombrar prelados para las muchas sedes vacantes en la Península, y este fué motivo ó pretexto,—en ello no andan conformes las opiniones, y nosotros nos abstenemos de emitir la nuestra,—para que el Presidente de la Cámara se pusiese en disidencia con el del Gobierno, y el público recele que, faltó éste del apoyo de Salmeron y sus amigos, no pueda obtener mayoría en la Cámara, se retire, venga Pi, triunfe la izquierda, acudan los cantonales, y se presente por fin la federal social con todas sus lógicas y naturales consecuencias.

La ruptura entre ambos Presidentes parece desgraciadamente un hecho cierto, definitivo y sin arreglo. Desde este punto todo es dudoso, y sin embargo, aunque nada seguro se sepa, mucho se dice.

Se dice por unos, que el Gobierno triunfará, porque los diputados que van llegando de provincias vienen animados de ideas de orden;—se dice por otros, que al contrario, la derrota de Castelar, es inevitable;—se dice que el día 2 de Enero habrá graves trastornos;—se dice que ese día pasará tranquilamente;—se dice que al abrirse la sesión de la Asamblea, se presentará una proposición de censura al Gobierno;—se dice que éste pedirá sesión permanente hasta que se vote.—Se dice por algunos, que Castelar se resignará, y por otros... en fin, se dicen muchas cosas que serán ó no serán, que podemos prestarles mayor ó menor asentimiento cuando se refieren en conversaciones particulares, pero que no nos es permitido dar á la luz pública.

Esperamos poder terminar asegurando que el 2 de Enero, la fecha fatídica, ha pasado sin que ocurra ninguna de las esperadas y temidas catástrofes.

Sinceramente deseamos que los hospitales de sangre, de cuyo establecimiento se ha ocupado la prensa, resulten uno de esos muchos gastos inútiles que se hacen en momentos de confusión y trastorno.

Dios nos dé la paz y tranquilidad necesarias para continuar nuestra tarea, como las deseamos á nuestros lectores para seguir prestándonos su atención y benévolo concurso.

Madrid 1.º de Enero de 1874.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

P. S. Después de escrita la anterior crónica ha ocurrido en Madrid un hecho importantísimo, que ha cambiado por completo la faz de los asuntos públicos. Los actores que, como dijimos, no estaban en el cartel, se han presentado en escena; un *se dice*, de los que creímos oportuno no dar á luz entonces, se ha realizado. La apertura de la Asamblea tuvo lugar. El señor Castelar dió cuenta á la Cámara de la situación política en un discurso escrito. Siguióse á ella una discusión larguísima, que ni la índole de este periódico, ni la premura de tiempo, ni la falta de espacio, nos permite reseñar detalladamente, y que suspendida á las siete y cuarto, continuó á las once, para terminar con la votación á las cinco y media de la mañana; siendo derrotado en ella Castelar y presentando acto continuo la dimisión todos los individuos del Gobierno. Durante la suspensión del debate, y toda la noche, corrían rumores de soluciones acordadas, que variaban de minuto en minuto. Se creyó que Salmeron, no pudiendo

formar Gabinete, porque ni el centro y la izquierda se avenían, ni había carteras bastantes á satisfacer las ambiciones de todos, se reconciliaba con Castelar, se retiraba de la Presidencia y facilitaba el triunfo del Gobierno; se dijo

Corría al par que estas noticias, otra de índole bien diferente. Decíase que las tropas disolverían la Asamblea en el caso de que fuese derrotado Castelar. O no la supieron los diputados, ó no debieron prestarle asentimiento, en

do é intimó al Presidente de la Asamblea, por conducto de sus ayudantes, la orden de evacuar los diputados el salón, se acababa de saber la actitud de este militar y se estaba extendiendo el decreto de su destitución.



DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

alternativamente que sería vencedor y vencido Castelar; se formaron *in mente* Gabinetes presididos por Chao, Palanca y Socías; y en efecto, todo esto se acordó y se deshizo en las horas de aquella noche.

vista, sin duda, de las seguridades que recibieron de los generales que estaban á su devoción. Ello es que cuando se presentó ante el Palacio del Congreso el capitán general de Madrid señor Pavia, al frente de las tropas de su man-

Dos compañías, una de cazadores primero, y después otra de la guardia civil, verificaron este acto. Al propio tiempo que se ocupaba el Congreso, diferentes cuerpos de la guarnición se situaban en los principales puntos estra-



MARCHA DE UNA PARTIDA CARLISTA

tégicos de Madrid, colocando piezas en batería y adoptando las precauciones militares de uso en tales casos.

Dueño por completo de la situación el general Pavia, telegrafió á los jefes militares de provincias refiriendo lo ocurrido, y convocó á varios hombres notables de todos los partidos, para la creación de un Gobierno nacional. Acordada, sin embargo, la continuación de la república, aún cuando no federal, sino española, no han entrado elementos de todos los partidos, como se creía.

Para terminar, daremos los nombres de los que, á la hora en que escribimos, forman parte del Gobierno.

Presidente del Poder Ejecutivo, el general Serrano.—Estado, Sagasta.—Gobernación, García Ruiz.—Zabala, Guerra.—Topete, Marina.—Ultramar, Balaguer.—Fomento, Mosquera.—Hacienda, Echegaray.—Gracia y Justicia, Martos.

En algunas capitales de provincia han ocurrido sublevaciones, que parece han sido reprimidas.

A. A. G.

LA GUERRA CIVIL

I

La efímera insurrección carlista de 1872, terminada por el tan alabado por unos y combatido por otros, convenio de Amoravieta, renació como el Fénix de la fábula en 1873, y ha llegado á adquirir, si no colosales proporciones, verdadera importancia al menos, debida, por una parte, á los esfuerzos incesantes de los carlistas, y por otra á lo que á ello contribuyeron algunos liberales indisciplinados al ejército: causas ambas más que suficientes por sí solas para encender la guerra, aún sin contar con otros motivos no menos poderosos para enardecer las pasiones.

II

En la pasada guerra civil de los siete años se hallaban frente á frente la sociedad moderna y la antigua, ésta personificada en D. Carlos, aquella en Isabel II; y así como defendían á la reina los que pretendieron resucitar, y resucitaron, la Constitución de anteriores épocas, aclamaban al príncipe proscrito los que miraban como un peligro nacional la participación directa del pueblo en la gobernación del Estado, odiando el individualismo proclamado por los filósofos y políticos que pusieron en el siglo pasado los cimientos de la revolución francesa. Creían además tener á su favor el derecho, é invocaban la pragmática de Felipe V, revocada por Fernando VII en 1830 á favor de las hembras; é interesando á una gran parte del clero, supieron aprovechar los elementos que le favorecían, para iniciar aquella lucha que hubo que terminar por un abrazo.

Ahora se ha invocado también el derecho, aunque no se nombra, negando el de la nación, y sometiendo su triunfo á la fuerza de las armas. Y aunque tácitamente se reconoce el derecho de la Soberanía nacional al aceptar las consecuencias de la revolución de Setiembre de 1868, se niega el de la familia destronada, para aclamar el de la que ha sido cuatro veces vencida, y una á la vez perdonada.

La cuestión de derecho no existe. Invóquese la de conveniencia política; la de querer satisfacer la aspiración de muchos españoles, y habrá más lógica. No creemos ofender con esto al partido carlista: nos admira su constancia y respetamos su convicción; pero debemos rendir el debido tributo á la verdad y á nuestra conciencia. No han escrito los defensores de D. Carlos en su bandera la palabra *Derecho*, sino las de *Dios, Patria, Rey*, que figuran también al frente de su periódico, y en ello han obrado con acierto. No admitiendo la libertad religiosa, han podido interesar á una gran parte del clero, injustamente desatendido, no sólo por la república, sino por gobiernos anteriores, y ha ido este grande elemento al campo contrario á levantar una verdadera cruzada religiosa. No estaba seguramente desatendido el clero vascongado, que en muchos pueblos hasta el oneroso diezmo cobraba; pero allí era carlista, y se valió de la religión para soliviantar los ánimos de sus sencillos feligreses.

Todos los gobiernos, incluso el republicano, han mostrado interés en la integridad de la patria, en su honra, en su enaltecimiento; pero no todos han evitado, y menos el republicano, que hayan tenido lugar actos que, más que á conservar la integridad de la patria, han tendido á des-

membrarla; que, más que honrarla, la han manchado, y en vez de contribuir á su enaltecimiento, han disminuido, cuando menos, su crédito, paralizado las fuentes de su riqueza y rebajado su importancia política. Pero ¿aseguraría D. Carlos, como acaba de ofrecer su único prelado en Estella, «aquellos días felices de profunda paz, sin sustos, sin revoluciones, sin pronunciamientos, con un gobierno justo, fuerte y paternal, reponiendo la hacienda, consolidando el crédito, pagando las deudas y haciendo renacer en todas partes el bienestar y la abundancia?» No es el medio escogido el que á tan utópico bien nos llevaría. Pero se ofrece, y es terrible la antítesis.

El presentar un rey ante una república, es personificar en aquel la Nación, ó las Españas, como antes se decía. El programa es, pues, un Dios á quien adorar, una Patria á quien servir y un Rey á quien obedecer.

III

Los partidarios de aquellos principios han reunido ya en su defensa muchos miles de hombres armados, que se baten con entusiasmo ardiente y mueren con resignación cristiana. Así se oye en todas partes el espantoso ruido del encarnizado bregar de los partidos, asfixia el humo de la pólvora y se ve enrojecida la tierra con la sangre de españoles. ¡Qué extraño es que se sobrecoja el ánimo, no de temor, sino de lástima, de dolor, y sienta uno más ardiente en su pecho la llama del patriotismo, así como la madre suele sentir más cariño hacia el hijo más desgraciado.

Sólo vemos españoles en uno y otro campo, todos valientes, todos entusiastas é identificados con la causa que defienden. Por esto, al reseñar la guerra civil, nos inspiramos en nuestra conciencia, no en la pasión política.

IV

El principal teatro de la guerra es el Norte; la Navarra y el país vascongado, cuyos habitantes, orgullosos con la conservación de sus costumbres, y á ellas aferrados tenazmente, procuran conservarlas. Así se ha transmitido de padres á hijos aquella intrepidez y perseverancia en todos los peligros y fatigas de la guerra, aquel desprecio de la muerte, aquella constancia en sus aficiones, aquel odio implacable en sus enemistades, siendo no menos á propósito para provocar al enemigo que para combatirlo. Ágiles, flexibles, nerviosos y muy vivos en sus danzas, que no han sufrido variación alguna; inquietos, turbulentos, tan prontos para irritarse como para sosegar, véase en los actuales vascongados retratados los primitivos pobladores de las costas de aquel turbulento mar que las azota impetuoso, de aquellos montes que abrigaban entrañas de hierro, de aquellas cordilleras cubiertas de montes seculares, pobladas de durísimos robles, y de aquel suelo que sólo presenta pequeñas llanuras, donde los ríos tienen su lecho.

La paz, la abundancia, la riqueza, la animación, la vida, que reinaba en aquel privilegiado país, se han trocado en guerra con todo su funesto séquito; y es ahora mismo el escogido campo de pelea.

V

En los primeros días de Diciembre dejó Moriones las márgenes del Arga para trasladarse á las del Oria y salvar á la capital foral de Guipúzcoa del grande aprieto en que la tenían los carlistas á los veinticinco días de riguroso bloqueo y empuñado asedio. No escogió el jefe liberal el camino más corto, sino el más seguro; comprendió lo difícil de penetrar en la provincia por Atallo, Areso y Goizueta, y corriendo á la derecha, se unió en Lesaca con Loma, y juntos se dirigieron á Oyárzun, levantaron la guarnición, y descansando apenas en San Sebastián, tomaron el camino alto para Hernani, se peleó bravamente en las alturas de Velabietta, y se abasteció á Tolosa.

A los ocho días siguió sus operaciones, pasando el Oria por habilitados puentes, y llevando cien guías de voluntarios de la alta Guipúzcoa, de Azpeitia, de Elgoibar, de Plenas; llegó á Uzuñil, el primer pueblo del pintoresco valle de Lasarte; corrióse por Orio á Zarauz y Guetaria, y cuando se aprestaba á destruir las maestranzas de Azpeitia, Elgoibar, Plencia y Eibar, retrocede, se embarca casi á la vista del enemigo, toma tierra en el inexpugnable Santoña, y los carlistas, que tienen la ventaja de obrar del centro á la circunferencia, se presentan de improviso en Somorrostro y avanzan á dar la cara á los liberales en las alturas que rodean á Castro-Urdiales.

Bilbao, en tanto, vé interrumpida su única comunicación con el mar por el Nervión, y empieza para la invicta

villa el verdadero peligro, que esperamos conjure la marina.

VI

En Navarra quedó Estella guarnecida sin temor á la división liberal de la Ribera, que no puede destinar fuerza alguna á combatir á los carlistas que se mueven activos por la parte de Tudela, pasan y repasan el Ebro á su voluntad, y aquella fertilísima región de España, que tanto se distinguió en la pasada guerra por sus ideas liberales y por los sacrificios que en favor de ellas hizo, ha variado sin duda mucho en sus opiniones.

Si de allí pueden ayudar por una parte á Gamundi, que continúa en Sangüesa aumentando su gente y recursos, á que avance en su expedición, por otra parte pueden combinarse con sus correligionarios de Aragón, y especialmente con D. Manuel Marco, que tanto trabaja en la provincia de Teruel, contándose seguro él en el país de su naturaleza, y al abrigo de la sierra de Albarracín, que le ha servido como de puente para sus aprovechadas excursiones á Castilla la Nueva, adelantándose hasta seis horas de Madrid por ferro-carril, y conferenciando después con Santés en Molina.

No es tampoco insignificante la guerra encendida en el Oriente de España, no limitada sólo á atrevidas escursiones como las que desde el Maestrazgo se efectuaban en la anterior lucha, hasta la huerta de Valencia, y aún la de Murcia, como las hicieron Cabrera, Llagostera, Tallada y otros; ahora ocupan poblaciones que no pudieron ocupar entonces, permanecen días y días á las mismas puertas de Castellón de la Plana, se pasean á la vista de la ciudad del Cid, penetran en Cuenca, se acercan á Albacete, se hacen dueños de Játiva, interceptan las comunicaciones de Madrid con Valencia, queman la estación de Mogente, pelean con bravura en Pinar del Rincon y en Bocairente; vuelve Santés á la provincia de Cuenca, mientras Cucala se apodera por sorpresa de la inmortal Sagunto, y al abandonarla se lleva rehenes, alguno de los cuales sacrifica, amenazando así dar á esta guerra un carácter de que hasta ahora ha carecido afortunadamente. En vano corren activas las columnas liberales: les falta caballería, y aun han podido aprovecharse los carlistas de los ciento y tantos caballos que descuidadamente se conducían de Valencia, cuando tanta falta hacen, cuando la requisa ha sido un ludibrio, produciendo sólo 4.000 caballos en toda España, que registra más de 300.000; pues una provincia sólo, la misma de Valencia, contaba no ha mucho sobre 16.000 cabezas de ganado caballar.

En la Mancha y Extremadura, aún se resienten los carlistas de la pérdida de su querido jefe, el consecuente y caballero Sabariego, tan firme en sus convicciones, como inaccesible á toda seducción; muriendo el 6 de Noviembre en la acción de Retamosa, contento de dar su sangre por la causa, en cuyo favor peleaba desde la muerte de Fernando VII.

VII

El Maestrazgo sigue siendo el teatro de operaciones de los carlistas: pasan el Ebro á su voluntad para internarse en la provincia de Tarragona, sacan contribuciones y recursos en su fértil campo, se comunican por el Llobregat con los carlistas de la provincia de Barcelona, y por el Tordera con los de la de Gerona; y en toda la costa de Cataluña, y en la frontera, y en el interior, y en las montañas de Lérida, en todo el Principado catalán, en fin, hay gruesas partidas carlistas que se atreven á atacar á poblaciones de verdadera importancia, cobran tributos, los imponen nuevos para los gastos de la guerra, eluden la débil persecución que se les hace, y á tener más unión los jefes de estas fuerzas, mayores triunfos obtuvieran; pero ni el conde de España pudo consolidar la aparente unión que empezó á imponer por el terror, y le costó la vida.

VIII

La fácil conquista de La Guardia ha hecho dueños á los carlistas de la Rioja alavesa: se comunican con los de la provincia de Burgos, cuyas mayores fuerzas manda el cura Ayala; éste obra en combinación con Navarrete, jefe de los carlistas santanderinos; en Palencia y en León se levantan algunas partidas; las de Asturias se asilan cuando se ven perseguidas en los montes de Liébana y en los picos de Europa, y en Galicia se hacen esfuerzos para conseguir que la guerra se establezca en aquella región, en la que no pudo consolidarse en la pasada de los siete años, y se hizo mucho para ello.

Tal es, pues, el estado de la guerra civil en España, que hemos creído conveniente presentar á grandes rasgos,

para que al precisarle más en los artículos sucesivos, y detallar los hechos más importantes que ocurran, se comprendan mejor.

La importancia de la guerra civil es evidente; ha cambiado su faz, y para seguir sus vicisitudes hay que estudiar esa clase de guerra, que, como todas las civiles de España, no tiene igual en el mundo.

ANTONIO PIRALA.

REPÚBLICA CORDOBEÑA-GÓTICA

Uno de los acontecimientos más famosos en la historia de España, es la venida á ella de los septentrionales. Cúpole á nuestra nacion en suerte ser ocupada por los visigodos, que, aunque bárbaros, fueron de los pueblos más civilizados, del enjambre de castas y razas que se esparcieron por toda Europa con la providencial mision de repartirse los despojos del imperio romano.

Apénas si la gente española conoció la unidad, y apénas si por algun tiempo disfrutó de una misma legislacion, y fué gobernada por un rey y obedeció á unas mismas costumbres. El reinado de los godos fué muy azaroso: trabajáronle continuas guerras, unas promovidas por las distintas naciones, que por aquel tiempo se disputaban el señorío de la tierra, otras por las continuas querellas entre iberos, romanos y los nuevos huéspedes, que ejercian todas las artes y se valian de todos los medios, no siempre justos, de que se valen los conquistadores.

Otra contienda, y esa más trascendental é importante, tenia á la nacion en constante disidencia, y ensangrentaba las ciudades y los campos, y dividiendo á padres y á hijos, presentaba á la consideracion de propios y extraños cuadros horribles que borran hasta la menor idea de un pueblo civilizado.

Agreguemos á todo esto las continuas irrupciones de gente nueva, que venia al merodeo, pues nuestra patria tenia fama de rica, y como lugar á propósito para hacer fortuna, no perdía la gente europea la memoria y la idea romana de que España abundaba en minas de oro, plata y otros metales, y pugnaba por venir á disfrutarlas.

De en medio de las ruinas y escombros hacinados que produjo el choque de los pueblos del Norte y del Mediodía, quedó en pié un imperio, que se llamó Bajo Imperio, y aunque muy distante de la belleza que ostentó en sus principios puramente romanos, contaminado despues con las costumbres, no siempre puras ni siempre varoniles, del Oriente, es digno de estudio todavia en el siglo de que hablamos (vi), y lo fué hasta que los cruzados, cometiendo una grande iniquidad, arrojaron á sus dominadores de aquellos históricos países, por solo el derecho de conquista, que perdieron, dejando en manos de los turcos lo que hoy debia ser la parte del mundo más privilegiada, por el entendimiento de los naturales, situacion geográfica, historia y cultivo de aquel bellissimo suelo.

En tiempo de los godos, á estas gentes que vinieron á España en más de una ocasion, llamaban, unos, romanos por su origen, y griegos, otros, por el lugar que ocupaban: estas expediciones están ligadas con la historia misma de nuestra patria, como sucedió y verán nuestros lectores con la que tuvo lugar en el siglo vi. Dividida estaba España, como de costumbre, entre las naciones bárbaras, que habian acudido á la partija, llevadas por el deseo de aprovecharse de sus riquezas; se peleaba en el Norte con los vascos, en Galicia con los suevos, en la Turdetania con los vándalos, en los batestanos y oretanos con otros pueblos bárbaros. Unos cuantos reyes inferiores, y que ocuparon por muy poco tiempo el trono, dirigian la política y la guerra, ni muy lucidamente ni tampoco con

fortuna. Un rey indolente, algun tanto cruel y de seguro no vaciado en el molde de los grandes reyes, y mucho menos en el de los héroes, tenia la corona gloriosa de Recaredo y Wamba: llamábase Egila. En medio de aquel campo vastísimo de Agramante, en el que todos peleaban, y de todo y por todo se peleaba, el pueblo de Córdoba alzóse contra el rey Egila, y fué tan rápida la acometida, que el soberano salió huyendo, y no paró hasta Mérida, ciudad muy célebre de las Extremaduras, por sus ruinas y antigüedades romanas, y por varios episodios unidos á su historia, que la hacen curiosa y entretenida, y de que otro dia nos ocuparemos. En vano fué acudir á vencer á los Cordobeses; las huestes del rey quedaron vencidas; en vano fué tambien acudir con parlamentos, buscando avenencia; la concordia era imposible: ¿qué causa tan poderosa llevaba la gente cordobesa á pelear con brio, y luego á no transigir, cuando el rey á todo se avenia? La causa era religiosa: Córdoba era católica. Egila era arriano. La guerra que más tarde habia de incendiar con su fuego á toda Andalucía, y muy particularmente á la metrópoli Sevillana, dió el primer grito en Córdoba, que al mismo tiempo que la patria de los Abderramanes, habia de ser igualmente la de Alvaro y otros mártires dignos de eterna alabanza.

¿Qué gobierno adoptó Córdoba, despues de haber lanzado fuera de sus muros, como la antigua Roma, á sus reyes? La poblacion de Córdoba, á la invasion de los godos, era romana, y por consiguiente, católica; la religion cristiana habia echado profundas raices; habia estendido su benéfico influjo á todas las clases de aquella naciente sociedad. Las costumbres eran romanas; la religion católica en toda su pureza habia civilizado y doctrinado al gentil y al bárbaro, y uno y otro habian desaparecido de aquel suelo privilegiado por la naturaleza. Eligieron, pues, el régimen republicano, ó mejor dicho, el régimen municipal. Córdoba era una ciudad muy favorecida en los tiempos del imperio; tenia independencia administrativa, como municipio; tenia independencia judicial, como convento jurídico; al declararse república en el siglo vi, tuvo presente la idea del municipio romano. Los dumviro eran cónsules; los curiales, senadores; y ya con esto sólo, se formó el embrion ó esqueleto de una república; elegian todos los años las autoridades, y cuando convenia, hasta los generales ó caudillos para mandar las armas; con los reyes estuvo constantemente en guerra la república cordobesa; y sin riesgo de aventurar la verdad, podemos decir que en Córdoba, venció el catolicismo al arrianismo, en los veinte años que duró aquella clase de gobierno. No fué sino en los tiempos de Leovigildo cuando volvió otra vez por las insignes victorias de este rey, á constituir parte de los dominios de la corona gótica. Este rey, grande por su valor y por sus talentos militares no lo fué, por ser el promovedor otra vez de la secta arriana, ya muy caída de su prestigio, y amenazada de muerte por la opinion pública.

Casi se puede decir, que el último rey arriano, á excepcion de Leovigildo fué Egila, el cual, lanzado de Córdoba á Mérida, allí murió asesinado, despues de ser vencido en varios encuentros cerca de Sevilla por Athanagildo, capitan valiente de los godos, que en medio de las contiendas religiosas de Andalucía, brilló por sus principios católicos.

Acudió, sin embargo, á Justiniano implorando su proteccion, que se la otorgó mandando en su ayuda las fuerzas militares que tenia aquel emperador en Francia y en África, con tan duras condiciones, que se enseñorearon los griegos de una gran parte de España, dominacion que duró has-

ta más allá del reinado de Leovigildo que los persiguió, quitándoles muchas ciudades y preparand su completo vencimiento en los tiempos de su hijo Recaredo, que á sus muchos timbres, tuvo el insigne de haber reunido bajo el cetro gótico, todas las provincias españolas.

Con razon deciamos al principio, que el período de la historia de los godos, que tiene lugar á mediados del siglo vi, era interesantísimo, poco conocido, además; pues los historiadores hasta ahora no han profundizado lo bastante, para probar cosa que era muy fácil, que las discordias ocurridas, que las guerras sostenidas, que la muerte violenta de príncipes, tenían por causa la guerra religiosa entre los antiguos iberos, y romanos ya católicos y los godos contaminados con la herejía de Arrio. Que la república cordobesa, de aquel tiempo, de que poco ó nada refieren las historias hasta hoy publicadas, tuvo el mismo origen: y que la venida de los griegos á España á solicitud de Athanagildo, en medio de las desgracias consiguientes á toda ocupacion extranjera, influyó mucho en favor de las ciencias y de las artes; como puede verse en los monumentos que en Mérida dejaron dos obispos griegos, los dos Páulos, famosos, y de gran renombre, el uno de ellos *médico*, que dejó consignadas en la historia del episcopado de aquella diócesis, al mismo tiempo que su santidad, la habilidad en el arte que ejercia antes de ser elegido para las altas y augustas funciones de príncipe de la Iglesia: pero esto merece capítulo aparte.

A. BENAVIDES.

EL DIA DE REYES

I

«¡Hossanna al hijo de David! ¡Hossanna en las alturas! ¡Paz al hombre en la tierra!

¡*Aquel* que anunciaron los profetas ha venido! En un humilde portal de Betlehem ha nacido el Mesías!

¡Hé aquí el hijo de la Virgen! ¡Hé aquí el Redentor!»

Y los ángeles llamaron á los pastores y les anunciaron la buena nueva.

Y los pastores acudieron y adoraron al Señor en el hijo de la Virgen que los profetas anunciaron.

Y los tres Reyes Magos vieron una estrella en Oriente, y dijeron: «Hé aquí que el Mesías prometido ha venido entre los hombres para redimirlos.»

Y guiados por la estrella, llegaron á Betlehem y adoraron al *Niño*, y le ofrecieron ricos presentes.

II

Hé aquí la sencilla leyenda del nacimiento de Jesús que se conmemora el 6 de Enero; hé aquí lo que recuerdan esos cencerros que suenan á la carrera de algunos hombres; esas hachas de viento, cuya rojiza llama ondea, arrojando chispas; esa escalera que un sencillo aldeano, acabado de llegar de la *tierra* para servir una plaza de aguador, conduce sobre sus hombros.

Él cree que va á encontrar los Reyes Magos, que le darán por lo menos una onza; esto es si llega antes que ningun otro: así es que corre como un desesperado, como si huyera de un toro: él cree lo que le han dicho sus paisanos fisgones que ya han pagado al llegar á Madrid la patente, y le aguijan.

Allá van, allá van, ruidosos, alegres, sobre el lodo, bajo la lluvia ó la nieve, produciendo un no sabemos qué de fantástico, un no sé qué de solemne, un no sé qué de conmovedor, de consolador, para los que aún creen, para los que guardan aún la fe religiosa que les enseñaron sus padres; para



LA NOCHE DE REYES

Ayuntamiento de Madrid



J. Comba D.^o

JK G.^o

HAMLET Y OFELIA

HEMEROTECA



los que conocen como principio de todo bien, como camino de toda salvación, la santa, la sublime doctrina del Evangelio.

Ellos se divierten, pero al divertirse recuerdan el nacimiento del Hombre-Dios, del Espíritu de la caridad, de la misericordia, y de la justicia.

Sí; por eso tiene un no sé qué de solemne, un no sé qué de consolador, de conmovedor, el espectáculo de esos hijos de Galicia, que llevan engañado á un novato á esperar los Reyes Magos.

Las gentes se paran para verlos pasar, y los miran con simpatía; ellos representan la tradición cristiana, la inquebrantable fe de la católica España: ellos dicen de una manera muda á los escépticos que no quisieran otro Dios que la razón fría: «¡Mirad! en nuestra tierra vosotros no sois tantos como los que aquí vamos, una docena á lo más, á recibir los Reyes Magos: aquellos Reyes Magos que fueron á adorar al Hombre-Dios, que reveló la inmortalidad del alma, y la igualdad de las almas ante el Señor Dios su Padre.»

Sí; esos aguadores son una manifestación católica: para los españoles Dios subsiste, á pesar de todas las filosofías escépticas; el catolicismo está en la humoración, en la sangre de todos los españoles, como lo está su patriotismo. El día dos de Mayo un inmenso gentío se agolpará, á pesar del cosmopolitismo de algunos pocos, al rededor de ese monumento fúnebre levantado en el noble campo de la Lealtad á los mártires de nuestra independencia.

Sí, sí; pese á quien pese, aún tenemos Dios, aún tenemos patria.

Nuestro pueblo guarda enteras sus tradiciones: nuestro pueblo conserva su razón de ser que le ha hecho tan noble y tan glorioso.

III

De tiempo en tiempo la turba *aguaderil* se detiene.

Esto sucede siempre á la puerta de una taberna.

Antes de entrar se arrima la escalera á la pared, y uno sube á lo alto de ella, para ver si descubre á lo lejos los Reyes Magos.

Pero estos no aparecen aún: se puede tomar una copa.

Nuestro pueblo no sabe conmemorar sus creencias sin vino.

Esto es muy natural.

La carrera sigue: se ha atravesado por los sitios más públicos de Madrid, llevando á ellos el ruido y la alegría.

Se han visitado no sabemos cuántas tabernas; las cabezas empiezan á ser más pesadas que los piés; llega al fin un momento en que el bobalicon de la escalera no puede con su carga, en que cae; un cirineo, no más despejado que él le levanta; se prosigue; la carrera es ya menos rápida; se ha bebido más: al fin el engañado cae para no levantarse; es necesario que sus compañeros, más serenos que él, ó los agentes públicos, le levanten dormido y le conduzcan: al día siguiente, al despertarse, atormentado, dolorido y sin la onza de los Reyes Magos, se desespera cuando le dicen que los Reyes Magos pasaron, y que él no pudo verlos á causa de su borrachera; pero para el año que viene será otra cosa; él no beberá; él verá á los Reyes Magos; él recibirá su onza.

Muchos de ellos vuelven á ser engañados al año siguiente.

IV

En el interior de los hogares, en los dichosos hogares donde hay esas encantadoras criaturas que son el amor, la alegría y el dulce cuidado de la familia, penetra también la tradición de los Reyes Magos.

Las madres, las tías, las hermanas mayores se han provisto de muñecas, de juguetes, de dulces, que han introducido furtivamente en la casa, que han escondido para que los niños no los vean.

Los pequeños han resistido cuanto han podido; han querido estar despiertos para cuando lleguen los Reyes Magos, trayéndoles un regalo.

Los ha rendido al fin el sueño; han puesto sus pequeños zapatos ó sus botitas sobre la chimenea, sobre una mesa, sobre un mueble.

En ellos ó junto á ellos, deben dejar los Reyes Magos una moneda ó un regalo, ó las dos cosas á la vez.

Apenas se han dormido, la abuela, la madre ó la hermana, sacan del escondite el regalo, le ponen junto á las botitas ó echan en ellas una moneda.

Este es un momento dulce, un momento inefable, un momento de amor incomparable, de amor purísimo, de amor de los cielos.

Se piensa en el momento en que el niño despertará, en que se arrojará impaciente de su pequeño lecho é irá á buscar en su botita el regalo.

Y ¡cuán conmovedor es esto, cuando se trata del hijo de un pobre; cuando dentro de una botita ó de un zapatito abierto por la punta, descalafinado, el inocente encuentra una moneda de á dos cuartos! ¡ya se vé! ¡su madre no ha podido dejarle otra cosa, y se la ha dejado suspirando, mientras una lágrima surcaba sus mejillas!

Tal vez su pobre hija soñara que un ángel la trae una magnífica muñeca semejante á las de los niños de la rica familia del cuarto principal.

Sin embargo, el niño del pobre es tan feliz en la mañana del día de Reyes, con los dos cuartos que en su zapatito le dejó su madre, como el hijo de la familia opulenta, con la dorada moneda ó con el rico regalo que encuentra.

¡Y los infelices niños que no tienen zapatos!

¡Y los pobres huérfanos de los que nadie se acuerda en la noche de Reyes!

A propósito de esto nos decía un día de Reyes una buena señora amiga nuestra:

«La noche de Reyes me hace mucho mal: cuando pongo en los zapatos que mis niñas subiéndose en sillas, han puesto sobre la chimenea, una moneda de oro, una muñeca y una caja de dulces, me acuerdo de los niños pobres: yo quisiera poner en el zapatito de cada uno de ellos, un regalo mucho más rico que el que pongo en el zapatito de mis hijas: la idea del huérfano, que tal vez no ha satisfecho su hambre al acostarse, que tal vez desvela el frío... la del niño miserable... la del niño enfermo... y sobre todo la de la madre pobre ó rica que el año anterior tuvo sobre su chimenea un zapatito donde poner una ofrenda y no le tiene ya... ¡oh! yo he sufrido anoche de una manera insoportable: el año pasado había sobre la chimenea cuatro zapatitos: anoche no había más que tres... ¡y pensar que el año que viene puede suceder muy bien que no encuentre más que dos zapatos, tal vez uno, quizás ninguno!... ¡oh! esto es insoportable, y más insoportable aún la suposición de que una imprevista desgracia, pueda dejar á mis hijas huérfanas y pobres, que no tengan quien piense en ellas la noche de Reyes... ¡oh! aseguro á usted que quisiera se olvidase esa costumbre, porque al cumplir con ella sufro y lloro.»

V

Los niños no pueden comprender, que sus madres hayan sufrido al representar para ellos los Reyes Magos: tienen la felicidad de su inocencia, la inestimable dicha de la ignorancia de la vida: ellos despiertan en la mañana de Reyes, y al encontrar el regalo, rien, gritan, se entregan á una alegría, que es la felicidad de su madre.

¡Oh! el amor de los padres no le conoce el hombre, sino cuando á su vez es padre: y entonces si no ha sido buen hijo, compensa al padre anciano si vive, ó siente remordimientos desconsolados si ha muerto: nosotros creemos que si los abuelos aman tanto á los nietos, es porque sus nietos son la conversión del amor de sus hijos hacia ellos.

VI

¡Y hay gentes que consideran las tradiciones populares que penetran hasta el hogar representando un mundo de dulces y nobles sentimientos, que se hacen sentir de una manera conmovedora en la familia, como obstáculos al progreso del espíritu humano! ¡Hay quien si pudiera borraría hasta la memoria de esas fiestas que representan una creencia, una nacionalidad, un universo de recuerdos santos y de recuerdos gloriosos! ¡Hay hombres que pretenden que el hombre sea un número, un sér aislado entre la multitud, sin que nada le una á otro sér ni le haga su hermano, ni por la creencia, ni por la tradición, ni por el amor, ni por la familia, ni por la patria! ¡Que pretenden, en fin, arrancar á la humanidad el corazón, y no dejarles más que el exclusivismo, el positivismo, la razón fría, lo groseramente tangible! ¿y el espíritu?

Nosotros amamos nuestras fiestas populares; á nosotros nos encantan las sencillas creencias del pueblo; hasta en sus supersticiones encontramos algo lleno de una poderosa poesía, de una poesía bellísima.

¡Bien hayan nuestras tradiciones; bien hayan nuestras creencias; bien hayan nuestras fiestas populares, que representan nuestra Iglesia, nuestra patria, nuestra familia! Si alguna vez las perdemos, habremos dejado de ser nación para ser una negación, y como las negaciones no pueden realizarse, hé aquí que esto no acontece jamás.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

CRÓNICA TEATRAL

I

Si el trabajo de juzgar lo ajeno es árduo siempre y enojoso, más difícil y más arriesgado se presenta para nosotros hoy, que los teatros de Madrid, excepto el de Apolo, de corta, pero no estéril vida, han abierto sus puertas al público hace tres meses largos.

Así, pues, enumerar siquiera las obras que se han estrenado, dedicándoles algunas líneas, no es sencillo; analizarlas extensamente y emitir juicio acerca de ellas, además de argüir una pretensión exagerada, es imposible; porque si bien escasas en número, la indole especial de varias de las producciones á que nos referimos, sus tendencias en el arte, y aún la consideración que merecen los nombres de sus autores, exigirían una serie de artículos en que se estudiasen sus bellezas, sus rasgos más salientes y sus defectos. Pero como nuestro deseo está limitado por el espacio de que para esta empresa disponemos, réstanos sólo en esta especie de prefacio, dirigir una ojeada retrospectiva al movimiento literario teatral, sintetizarlo, si así podemos expresar nuestra idea, y tratar sucintamente de las producciones más notables que se han puesto en escena, y de los actores que las han desempeñado.

Con deliberado propósito recordaremos primero la apertura del Circo, en cuya lista, del género bufo, figuraban actores apreciados del público madrileño. La compañía debutó con una obra, sin calificativo posible, bufa en el modo de ataviarse y de vestirse, verdaderamente bufa en la ausencia de algo serio, y aún en el arte de hacer reír, lacrimosa y llorona, con sus ribetes de moralizadora. Pero á pesar de este alarde de *habilidad*, ni el lindo fin de fiesta del Sr. Puente y Brañas, *El último figurín*, ni el arreglo de *La copa de plata*, música de Vasseur, ni los loables esfuerzos de Rosell y de sus compañeros, lograron más sino que la temporada bufa terminase con la zarzuela *Tic-Tac*. Cerrado el teatro por pocos días, ha vuelto á funcionar en él una compañía de zarzuela seria, á cuyo frente se hallan la señora Zamacois y el señor Obregon.

Renunciamos, por hoy, á tratar de la reaparición del actor-empresario, muy estimado del público, y pasemos á ocuparnos del teatro de la calle de Jovellanos.

Dirigido por el inteligente don Francisco Salas, con una compañía llena de buen deseo, todas las obras representadas en la Zarzuela han tenido un agradable éxito.

Adriana Angott, ha ofrecido un nuevo triunfo al señor Salas, y una nueva ocasión á Puente y Brañas para lucir su innegable ingenio y su fácil y elegante manera de ver-

sificar: el arreglo de una obra de las condiciones y del acentuado carácter de Adriana, ó de *La fille de madame Angot*, es quizá el trabajo más concluido de su afortunado traductor.

II

Tratamos en segundo término de los teatros de declamación, porque han de ser precisamente predilecto objeto de nuestras tareas sucesivas, y porque están más recientes los estrenos de dos obras importantes, sobre las cuales hemos de permitirnos ligeras consideraciones.

Prolijo es advertir el caso excepcional y desfavorable en que nos encontramos: mucho se ha dicho de ellas, ocioso es añadir una opinión, ménos autorizada sin duda, á las expuestas con gran acopio de argumentos, por distinguidos críticos; pero... ¿cómo evadirnos de exponer la nuestra, cuando ningún estreno nos favorece, al tener la honra por primera vez, de consignar nuestro humilde nombre en las columnas de este periódico?

El caso es árduo, como decíamos al empezar; pero es fuerza arrostrarlo. Demos principio, pues, por el decano de nuestros coliseos; por el histórico corral de la Pacheca, que, si mal no recordamos, se abrió este año con una refundición del teatro antiguo, de don Emilio Alvarez: pusiéronse despues en escena dos obras del señor Blasco, interpoladas con un arreglo del francés del señor Nombela; se representó luego varias noches *La Niña toba*; y á la inesperada muerte del nunca bien llorado Breton de los Herberos, siguió la exposición de su teatro clásico-cómico, como providencial auxilio que el gran poeta legaba al escenario de sus triunfos, para honra y provecho del empresario señor Roca, y para que luciesen por completo, una vez siquiera, los pocos artistas que en el Español recuerdan aún, aquel noble y fácil decir de los actores, cuando era difícilísimo el *hablar un papel* en la escena de Maiquez y de Julian Romea.

Hoy, que cualquier liliputiense del arte, puede impunemente, merced á la sobrada benevolencia de la crítica y á la perversion de gusto del público, no decir, sino ufanarse en el desempeño de los caracteres más difíciles de nuestros dramas, que afortunadamente aún hay quien los conciba y los desarrolle; la exposición del glorioso legado del digno émulo de *Tirso* y de *Molière*, prestó ocasion á los señores Maza, Mario, Oltra y Morales, muy en particular al primero que nombramos, para que en el sagrado escenario del PRÍNCIPE, en aquellas pobres tablas, que aún conservan las huellas de una generación de géneos, se percibiesen, razonablemente dichos y no cantados á guisa de tenores, ni recitados como coplas de ciego, los sonoros y bien contruidos versos del príncipe de la buena forma, del adalid triunfante de las más difíciles y áticas combinaciones de la rica metrificacion castellana, fluida y llena de encantos, en el estilo invencible del ilustre finado.

En su escuela, ó en la de su tiempo, se amañaron en su profesion los aludidos artistas, y la señora Valverde, discipula del analítico Joaquín Arjona: por eso los aplausos que el público les prodigó, fueron el justo premio de la laboriosidad de los unos y del talento de los otros.

Respecto al trabajo literario, puesto en aquel teatro: ¿qué podemos decir? Excepcion hecha del cuidadoso arreglo de *Suegra y Abuela*, y de escasas escenas de *La procesion por dentro*, de cuya obra, por su misma indole, no se puede tratar sino superficialmente; ¿qué otra produccion, sino el *Dies iræ*, singularísimo poema de uno de los grandes poetas de esta época, se ha estrenado hasta ahora en aquel antiguo teatro, que exaltando el espíritu á las serenas regiones del arte, enaltezca y honre, bien en el drama ó en la comedia, cuando no el ingenio, el idioma siquiera de la patria de Cervantes y de Lope?

Entre el *Deber* y el *Derecho*, del insigne poeta Hurtado, anunciada allí, segun la *Epoca*, se representó despues en el teatro de Apolo: *El fondo y la superficie*, del aventajado escritor don Manuel Valcárcel, yace sepultada en el olvido: igual suerte corren las obras de otros escritores de reconocido mérito, aceptadas y recibidas, como prenda de valia, en la lectura de aprobacion.

¿En qué estriban las dificultades para ponerlas en escena? A fin de resolver esta duda, hubiéramos quizá de recordar á nuestros lectores algunas listas de teatros de provincias, al frente de cuyas compañías, positivamente dramáticas, se hallan primeras actrices de reconocida aptitud, y primeros actores, que poseen un chispazo siquiera de ese sagrado fuego del arte, maravillosa llama en la que el génio del artista, no sólo se acrisola, sino se *trasubstancia* en las múltiples metamorfosis de los personajes á quienes presta vida.

III

Por fin llegamos al término de nuestra penosa jornada; al teatro de Apolo, de cuya disposicion artistica y de cuya apertura trataremos extensamente en el número próximo, y en artículo aparte. Dos obras nuevas se han representado en él. Faltos de espacio, no podemos, como desearíamos, analizar la de más transcendencia: el drama del eminente poeta don Antonio Hurtado, *Entre el deber y el derecho*; pero de esta notable produccion y de las más conocidas de su autor hablaremos, Dios mediante, en lugar más oportuno: sólo diremos ahora, en honor á la más estricta justicia, que realizar su último drama sin un solo efecto de mal gusto, y presentar el problema que objetiva, arrancando lágrimas, es la positiva gloria del poeta. Matilde Díez la conquistó tambien en el personaje que representaba; milagro es de su génio la juventud de sentimiento con que le dió vida; milagro que reproduce en la Baltasara, de García Santisteban, gráfico cuadro de la época de

Felipe IV, y desigual boceto del drama que su autor hubiera realizado, prestando al carácter del amante de la protagonista mayor pasion, más entereza, y en fin, un amor más intenso y sério, que el que demuestra el acomodaticio *galanteo*, como con razon le llama, y no galán, el gracioso Miguel.

Pero sin entrar de lleno en un análisis de la obra, es lastimoso que la accion del último acto, precipitando el desenlace, cuya justificacion deja mucho que desear, haya dado al drama, un corte, más bien que el final lógico que de su interesante asunto podia colegirse.

Todo queda en un estado de completa confusion; no cede el amante al peligro en que pudiera suponer á la infeliz comediante, malquistada por su cariño con la corte y con el poderoso corregidor, tío ó deudo del voluble mozo: no cede siquiera á los razonamientos de la sacrificada cómica; cede á todo... *porque sí*; por un movimiento de pueril vanidad y de despecho trivial; y no adivina, ó mejor dicho, no oye ni comprende la eterna despedida de la sublime Baltasara; y con la sonrisa en los labios, placentero, frio y repugnante en su desamor, se deja enlazar á otra mujer, sin que una exclamacion, un gesto por la mártir que se sacrifica por él, indiquen siquiera que ha ejercido alguna influencia sobre su alma.

Aquel insulso personaje, *bien interpretado por el señor Calvo*, y el corregidor andariego y *solemnísimo*, que así trae y lleva de continuo recados, desde el real alcázar á la tenebrosa Inquisicion, y desde ambos lugares á la posada de la comediante, como ordena pregones y destierros que nunca pasan de *farándula*, son á nuestro humilde modo de ver mayores lunares, que la semejanza de ciertas escenas de *Sullivan* y de *Adriana Lecouvreur*, con la obra que nos ocupa; ya que el indicado incidente, profundamente sentido por el autor, es más lógico si bien se estudia, á pesar del mal efecto que produce, en el corazon de una enamorada mujer, sublime de desprendimiento cuando se resuelve por completo al sacrificio, que en el alma del hombre ó en su albedrío, en continua y reñida pugna de viril dignidad con cuantos obstáculos encuentra en su camino.

Pero prescindiendo de los mencionados defectos, prescindiendo de que en la *Comediante famosa*, no se precisa bien otro carácter que el de la protagonista, prescindiendo de la inexperiencia que se observa en su exposicion y aún en el acto de la escena culminante, el señor Santisteban ha demostrado en su primer drama, conocimiento del lenguaje y de las costumbres de la gran familia teatral, que secularizada de las demás clases, por añejas y menegadas preocupaciones, hemos tenido ocasion de observar aún de un modo análogo al de los tiempos de Baltasara.

El poeta ha demostrado además, que conoce y sabe valerse del colorido local que se atribuye á la época en que vivió la honrada comediante; y al enaltecerla, al reivindicarla en la nuestra en el palco escénico, ha contribuido á reivindicar tambien los eternos fueros de la dignidad humana, mancillados entónces, más que ahora, por la vanidad y la preocupacion.

Dos palabras para concluir: si la equivocacion de la rival de la comediante en el segundo acto, al confundir á Baltasara con la reina, hubiera estribado en la dignidad de la actriz, en ese perfume de exquisita distincion y hasta de innata majestad, que parece ser prenda indiscutible del génio y como destello de su misteriosa luz, en el rostro y en los ademanes del verdadero artista, el recurso intentado por el poeta hubiera sido, no sólo altamente verosímil, sino trasunto fiel de la verdad; por desgracia el disfraz de reina, *caricaturiza* el incidente, ingenioso en sí.

Mucho se ha hablado del lujo y de la propiedad de los trajes y de la *mise en scene*; y aunque confesamos que en nuestro concepto estos accesorios materiales, si no están realizados por una inteligente interpretacion filosófica de la obra que se representa, no logran cautivarnos; no podemos ménos de confesar tambien, que lo mismo la señorita Alverá, que es una bellísima jóven, que el señor Calvo, que desde la bota al chambergo pudiera competir con el más *lindo Don Diego*, no admiten mejora ni en el exquisito gusto de sus trajes, ni en la propiedad de sus menores adornos.

Por lo demás, ingenuamente: á excepcion del tiempo que invertimos en estudiar el magnifico efecto de la decoracion del segundo acto, que es una obra maestra, y del instante en que al final de éste nos fijamos en el feliz momento que tuvo Mariano Fernandez; en el resto de la obra, y creemos que igual le sucede al público; sólo dominó nuestra atencion, absorba en ella, la inspirada intérprete de La Comediante famosa.

RAFAEL DE NIEVA.

GRABADOS DE ESTE NÚMERO

TEATRO SOLIS EN MONTEVIDEO (V. pág. 1.^a).—Es un buen edificio, que se inauguró el día 25 de Agosto de 1856, poniéndose en escena la ópera *Hernani*. En él actúan compañías de declamacion, ópera ó zarzuela, representándose las mejores obras de los repertorios español é italiano.

RETRATO DE DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH. (V. pág. 4).—El día 6 de Setiembre de 1806, nació en Madrid este ilustre poeta, siendo hijo de un ebanista alemán. A los dos años de edad quedó huérfano de madre, y aun que estudió latin y algo de filosofía, su padre le destinaba á su mismo oficio, y en él pasó efectivamente los años de su primera juventud. En 1821, asistió por primera vez á

una representacion en el teatro del Príncipe. Poníase en escena una ópera de Rossini, titulada *Antinó en Eleusis*, y el sainete de don Ramon de la Cruz, *El Tordo*. Sin duda aquella noche comenzó á brotar en el corazon del jóven ebanista la vocacion irresistible que más tarde le llevó á escribir para el teatro donde, ha ganado tantos y tan merecidos laureles.

Su primer ejercicio literario se redujo á traducir del francés algunas comedias, que no consiguió ver representadas. En 1829, refundió la comedia de Rojas, *El Amo Criado*, luego los *Empeños de un acaso*, de Calderon de la Barca, y despues *La confusion de un jardin*, de Moreto. *El Amo Criado*, y dos traducciones del francés, que llevan por títulos *El Tutor* y *El regreso inesperado*, se representaron con mediano éxito. Arregló despues una comedia antigua, llamada *La Restauracion de Madrid*, que á pesar de lo esmerado de su trabajo, fué silbada en el teatro del Príncipe. Laborioso y perseverante como pocos, tradujo el *Edipo*, de Voltaire, y la *Mélope*, de Alfieri, y escribió su tragedia original, *Medea*, y el *Don Fernando de Antequera*, sin conseguir tampoco que se pusiera en escena ninguna de estas producciones.

En las obras del Estamento de Próceres fué donde por última vez trabajó Hartzenbusch como ebanista. Por entónces comenzó á estudiar taquigrafía, y al poco tiempo fué taquigrafo de la *Gaceta*, y más tarde del *Diario de Cortes*.

En 1836 se representó por fin *Los Amantes de Teruel*, y desde entónces es inútil referir ninguna de las particularidades de su vida literaria, porque el público las conoce todas. Cuenta sus obras por otros tantos triunfos, y el arie español no podrá olvidar jamás los nombres de *doña Mencía*, *don Alfonso el Casto*, *La Jura en Santa Gadea*, *Un Si y un No*, *El mal Apóstol* y *el buen Ladron*, y tantos otros, entre los cuales bien merecen un puesto *La Redoma encantada* y *Los Polvos de la madre Celestina*.

Hartzenbusch es además de insigne dramático, gran hablista, profundo bibliófilo, y uno de los hombres más instruidos que han cultivado la literatura española. Su carácter amable y bondadoso le hace querer de cuantos le tratan, y su modestia añade nuevos quilates á su mérito. Es director de la Biblioteca Nacional, donde ha prestado grandes servicios á las letras y á las ciencias, é individuo de número de la Academia Española.

AVANZADA DE UNA PARTIDA CARLISTA (V. pág. 5).

DÍA DE REYES (V. pág. 8).

HAMLET Y OFELIA (V. pág. 9).—La tragedia del inmortal Shakespeare es tan conocida, que nos ahorra toda explicacion. En ella se inspiró el Sr. Rosales para pintar el cuadro que representa nuestro grabado, y que es en todo digno del afamado pintor cuya muerte lloran las artes españolas.

MINISTERIO DE LA GUERRA (V. pág. 12).—Uno de los más bellos edificios que sirven de ornato á la capital de España, es indudablemente el que representa ese grabado, y se conoce generalmente por el nombre de *Palacio de Buenavista*. Se construyó á fines del siglo pasado por la duquesa de Alba, cuyos herederos lo vendieron á la villa de Madrid, la cual lo regaló á D. Manuel Godoy, príncipe de la Paz, en la época en que este famoso privado era árbitro de los destinos de la Nacion. Cuando á consecuencia del motin de Aranjuez, ocurrido el 19 de Marzo de 1808, cayó Godoy, fueron sus bienes secuestrados, y el palacio que nos ocupa destinado á Museo Militar y Parque de Artillería. En 1841 pasó á ser habitacion del Regente del Reino, Duque de la Victoria, y luego ha servido para la Presidencia del Consejo de Ministros, Ministerio de la Guerra, Museo de Ingenieros y Direcciones de diferentes armas del Ejército. En la actualidad, despues de haberse hecho grandes edificios á su espalda, están además en él la Capitanía general y el Gobierno militar de Madrid.

El cuerpo principal de este edificio consta de un gran zócalo de mampostería sobre cimiento de sillares, en cuyo frente principal, que mira al Sur, hay una puerta espaciosa, y á sus costados dos hornacinas para estatuas. En el centro de esta fachada se elevan hasta el cornisamento cuatro pilastras estriadas con sus basas y capiteles, que sostienen un frontispicio triangular de muy buen gusto. El todo pertenece al órden corintio. Tres filas de balcones rodean el edificio, que desde su construccion hasta el día ha sufrido grandes reformas, á medida que se le han dado diferentes aplicaciones. Recientemente se hizo la gran mejora de derribar el feísimo edificio llamado *Inspeccion de milicias*, que estaba contiguo, reemplazándolo con un jardin, y sustituyendo la antigua tapia que rodeaba el de *Buenavista* por una elegante verja de hierro. Sin embargo, no ha sido posible hacer desaparecer el defecto capital, que la puerta de esta verja, situada en la calle de Alcalá, no corresponda con la del palacio, la cual queda á un lado, con gran detrimento de la armonia y belleza del conjunto.

CERVANTES (V. pág. 13).

ADVERTENCIA

La gran tirada que hemos hecho del presente número, nos ha impedido darlo en el día ofrecido, y esperamos que el público, haciéndose cargo de ello, disculpará el retardo.



Ayuntamiento de Madrid

EL MANCO DE LEPANTO

EPISODIO DE LA VIDA

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

I

En que se trata de un percance que le sobrevino á un barbero de Sevilla por meterse á afeitar á oscuras

Había en la ilustrísima ciudad de Sevilla, allá por los tiempos en que llegaban á la Torre del Oro, que á la margen del claro y profundo Guadalquivir se levanta, los galeones cargados de oro que venían de las Indias, y cuando reinaba en España el señor rey don Felipe el Segundo, de clara y pavorosa memoria, en la calle de las Sierpes, y en una rinconada, á la que jamás llegaba el sol, como no fuese en verano y almediodía, un tinglado de madera, de dos altos, desvencijado y giboso, al que llamaban casa, y en el cual vivía una valiente persona, cuyo apellido y nombre de pila ignoraba él mismo, que si los tuvo olvidólos, y nadie le conocía ni él respondía más que por el sobrenombre de *Vivais-mil-años*, cortesía que empleaba para saludar á todo el mundo. Era de mediana edad, entre los treinta y cinco y los cuarenta, de no mala apariencia, agradable y sonriente el rostro, morena la color, agudas las facciones, sutil la sonrisa, la mirada rebuscona, y no mezquino el cuerpo; vivía de rasurar y rapar, entreteniendo durante el día sus ócios con el puntear de una vihuela morisca, que le dejó su padre, ya hartó usada por sus abuelos, y cantando como un ruiseñor las alegres canciones de la tierra, y las que él mismo componía, para lo que se daba muy buena gracia; comadreaba á las comadres de la vecindad, y fuera de esto, las vendía untos y bebedizos, y las leía el sino, y las traía á todas engañadas y pendientes de sus labios; y á tal llegaba la fama de brujo y de hechicero del señor *Vivais-mil-años*, que más de una vez la Inquisición se había metido en sus asuntos, y había quien se acordaba de haberle

visto con coraza y sambenito, luciendo su persona en un auto de fe. No se sabía si era cristiano, ó judío, ó moro; pero él escapaba tan bien que mal de sus empeños con la Inquisición y la justicia, y continuaba rasurando y trasquilando, rasgueando y cantando, haciendo de sus bebedizos y de su brujería industria, y estimado y querido de la vecindad y allende.

No se le conocía á *Vivais-mil-años* moza ni parienta de algun género, ni vicio que de reparar fuese; vivía solo, en paz y en gracia de Dios, como él decía, no embargante lo de los hechizos y los untos que él negaba; y así iba pasando nues-

gunos hurtos que le habían achacado malos testimonios, le habían batanado más de tres veces las espaldas, llevándole en burro y con acompañamiento para edificación de las gentes, por lo más concurrido de la ciudad; cosas todas que, decía *Vivais-mil-años*, caían por encima y no había que echárselas en cara, cuando no habían tenido que ver sino con las espaldas. Buscábanle dueñas, solícitábanle doncellas que habían necesidad de casarse; servíanse de él, como de secretario, mozas á los cuales les estorbaba para escribir lo negro de los ojos, y él era, finalmente, el consuelo de las hermosas, la alegría de los galanes, el consejo de los pícaros, y el sirve para todo. Almorzaba, comía y cenaba por diez maravedís casa de su vecina la tía *Zarandaja*; descolgaba sus bacías, y quitaba sus celosías á puestas del sol, y al cerrar la noche se salía sin que nadie le sintiese; iba adonde nadie sabía, y volvía á su casa sin que la vecindad pudiese enterarse de la hora de su vuelta.

Por los tiempos en que esta verídica historia comienza, había en la calle de las Sierpes, no lejos de la tienda del rapista, una casa deshabitada, grande y hermosa, con piedra de armas en el frontispicio, de cuyas armas los entendidos sacaban el apellido Velasco de Llanes, y que hacía luengos años que no se ocupaba, porque se decía de fama pública que tenía duende.

Daba su gran jardín, ó más bien huerta, á las medianerías de algunas casas, y por un punto esta medianería era la tapia de un corralejo que la casa del barbero tenía, y en que vagaban tristes y con hambre, en una perpétua umbria, cuatro gallinas, un gallo y un pato, en compañía de un cerdo (con perdon sea dicho) y de un perro flaco que guardaba de noche la

casa. No había que dudar de que el señor *Vivais-mil-años* era buen cristiano, puesto que, para que el duende de la gran casa vecina no se pasase á la mezquina casa suya, había puesto en el lomo de la tapia de su corralejo, que daba á la huerta de la casa enduendada, un calvario de madera, lo cual no hubiera hecho si hubiera sido judío ó moro, y había pintado una cruz en cada una de las dos ventanas que al corral daban, y desde las



tro hombre sin crecer ni menguar, y siempre feliz y contento, y con una tal y tan peregrina salud, que él afirmaba que en todos los días de su vida no le había dolido ni una uña.

La justicia le había entrecogido alguna vez de noche rondando por sitios tenebrosos, con un estoque desnudo debajo de la capa, largo de cinco palmos (que él había comprado en sus mocedades por veinte maravedís en el Rastro); y por esto, y por al-

cuales se veía la huerta. Una mañana (de primavera y radiante y hermosa), al abrir una de aquellas ventanas, el rapista, vió que por la huerta de la casa vecina vagaban, no duendes ni trasgos, sino algunas personas de muy noble apariencia, que andaban por allí como reconociendo y tomando trazas. Era una dama como de veinte á veinticuatro años, muy gentil y hermosa, rubia y blanca, de buen continente y estatura, pensativa y grave, y vestida noble y riquísimamente. Acompañábanla dueña quintañona y rodrigon avellanado, y la hablaban con encarecimiento, y proponíanla, á lo que parecía por las señas, composturas y arreglos en la huerta, dos maestros de obras. Seguíanla dos pajes, el uno de los cuales llevaba una rica silla de tijera y el otro un cojin de terciopelo con rapacejos de oro debajo del un brazo, y terciada en el otro una rica alfombra. Por último, cuatro lacayos bigotudos, con sendos espadones al cinto, la servían.

No había que dudar de que aquella era una gran señora, si no princesa, por lo ménos de título, y cuando no, riquísima; y en punto á nobleza, rebotaba de ella y olía que trascendía. No yendo con ella persona que por la apariencia en calidad se la igualase, había que pensar que era viuda; que á ser doncella, padre, hermano ó tutor la hubieran acompañado.

Alegráronse los ojos y aun las entrañas á *Vivais mil-años*, porque se le ocurrió que la que de tal manera, y con dos que parecían maestros de obras, buscaba trazas y tomaba medidas en la huerta, debía haber comprado la casa, y empezó á echar cuentas con los provechos que tan buena vecindad podía procurarle; porque pensar que á tal divina beldad no habían de acudir como moscas á la miel los enamorados, era ser simple, y ya el rapista inventaba historias y enredos, que daba por seguros, y en los cuales él andaría como una importantísima persona, lo cual le produciría buenos escudos, cuando no sendos doblones; por todo lo cual, y ansioso de inquirir lo que hubiese, dejó la ventana, se dejó ir por las fementidas escaleras, y se lanzó en la calle, yendo á dar con su cuerpo en el bodegon de la tía *Zarandaja*, que en cuanto le vió acudió á la marmita, llenó una escudilla con uña de vaca y morcilla de lustre, y se fué al cabo de mesa, donde, en lo último del figon, se había sentado, como lo acostumbraba, el señor *Vivais mil-años*.

Preguntóle él, oyóle atentamente ella; díjole que á lo que ella había pesquisado se la alcanzaba que la dama que el rapista había visto en el jardín de la casa del duende, era una riquísima señora indiana, que, con sus criados y algunos toneles llenos de oro, había venido de Méjico, y aposentándose en la posada de la *Cabeza del rey don Pedro*; y que había comprado la casa, ignorando que tenía duende, á su dueño el señor marqués de los Alfarnaches, y que lo que el señor *Vivais mil-años* había visto, era que la susodicha hermosa y riquísima viuda indiana buscaba el modo de convertir aquella huerta abandonada é inculta en un paraíso en que solazarse.

Preguntó el rapista á la bodegonera de dónde había sacado todas aquellas noticias, y díjole ella, que el rodrigon que había visto acompañando á la hermosa indiana, había ido tres días antes al bodegon, y la había preguntado quién fuese el amo de la casa deshabitada, y si sabía que la casa se vendiese, á lo que ella había contestado ocultándole lo del duende, lo cual la había valido un buen regalo del señor marqués de los Alfarnaches, á quien había avisado en buen tiempo, y que el señor marqués la había dicho despues, que la tal dama se llamaba doña Guiomar de Céspedes y Alvarado, que era viuda, que apaleaba el oro, y

que al morir su marido, que había sido un viejo oidor de la chancillería de Méjico, había hecho buenos doblones su hacienda, y se había venido á Sevilla, de donde era natural, aunque por haberla llevado pequeña sus padres á Méjico, todos la creían y la llamaban indiana.

Comióse con muy buen apetito y con mucho placer por estas noticias su escudilla de uña y morcilla el señor *Vivais mil-años*, y se restituyó á su casa, sacó la celosía y colgó las bacías á la puerta, y se puso á rasguear la guitarra, esperando al primero que tuviese necesidad de rasurarse.

Al otro día sobrevinieron albañiles y todo género de artistas, y empezaron á trabajar en la casa, y á las dos semanas no había persona que pudiese reconocerla, segun que había sido de compuesta y trastocada, y pintada, y rejuvenecida; habíase quitado la antigua piedra de armas y puéstose en su lugar otra, y el jardín se había desbrozado, y poblado de estatuas y fuentes, y de tal manera que se había hecho de él, antes selvático, intrincado y desapacible, una verde y hermosa delicia. Carrozas, y mulas, y caballos, habían llenado las cocheras y las caballerizas; y en el zaguan hervían los lacayos con librea, y daba gozo el ver las escaleras alfombradas y con macetas á todo lo largo de ellas.

En fin, un domingo, la hermosísima viuda doña Guiomar de Céspedes y Alvarado se vino á la casa, y en cuanto en ella entró, la casa se cerró á piedra y lodo, y de tal manera que no parecía sino que lo que en la casa se había hecho había sido para encantarla despues; la puerta principal no se abría sino por la mañana, entre dos luces, para que saliese una silla de manos, en la cual iba sin duda la hermosísima doña Guiomar, y una hora despues, cuando la silla de manos, volvía: tanto á la ida como á la venida acompañaban la silla de manos la dueña, el rodrigon, los dos pajes, con la silla, el cojin y la alfombra, y los cuatro lacayos bigotudos que *Vivais mil-años* había visto, como hemos dicho en otra ocasion, acompañando á la dama en el jardín ó huerta de la casa del duende.

Siguió una mañana *Vivais mil-años* á la viuda, y vió que la llevaban á la catedral, y que ella se iba, seguida de los criados, á la capilla de San Fernando; y que allí los pajes extendían sobre el blanco mármol la alfombra, abrian la silla de tijera, y ponían delante de ella el cojin de terciopelo con rapacejos de oro para que la bella indiana se arrodillase. Los criados se quedaban fuera de la capilla; y una vez oída la misa de alba, la dama se levantaba, recogían los pajes cojin, silla y alfombra, se encaminaba la indiana á la puerta del Patio de los Naranjos, tomaba allí su silla de manos, y se volvía á su casa.

(Se continuará.)

POESIAS

MORIR DE AMOR

BALADA

I

Hace muy poco vivía
en ciertó rincón del suelo,
un mozo de poco pelo
que amaba á cierta Lucía.
¡Era Lucía muy bella,
bella como un Serafin!
Él, aprendiz de violin,
y aprendiz de clave ella.
De tal manera á tocar
se dieron juntos, que al cabo,

él de Lucía fué esclavo,
y ella le amó hasta cegar.
Mas siendo pobres los dos,
ninguno el medio veía
de llegar á ser un día
uno del otro ante Dios.
Tanto, que el pobre Agustín
de esperar, y esperar harto,
dijo un día.—«Á Berlin parto;
parto á ser hombre en Berlin.»—
Y ella que en acento fiero
sorprendió la fe del arte,
respondió tranquila.—«parte;
vuelve pronto; aquí te espero.»—
—¿Vas á olvidarme?—Jamás,
dijo con pasión Lucía;
siempre que decline el día
de mí un recuerdo tendrás.
Piensa entónces que mi mano
aquí tocará con creces
la oración que tantas veces
te he acompañado al piano.
¿Lo harás?—Sí, dijo Agustín;
también yo á la misma hora
haré que vibre sonora
tal cantata en mi violin.
Así en tan dulce momento
á cada nota ó gemido,
sentirá el alma un latido
y un recuerdo el pensamiento.»—
Partióse el mozo á Berlin,
de entereza haciendo alarde,
y ella al declinar la tarde
tocó sola en su jardín.

II

Y un año, año y medio, dos,
siempre al ocultarse el día,
tocaba en calma Lucía
pensando en su amor y en Dios.
Y decía para sí
con la fe del que cree y ora:
—¡Oh!—¡También en esta hora
piensa mi Agustín en mí.»
Y era verdad, pues decía
para sí Agustín amante:
—¡La oración!... En este instante
se acuerda de mí Lucía.—
Y á los dos en tal momento
llevaba el aire un sonido
como el eco desprendido
de aquel doble pensamiento.
Y pasó un año, dos, tres,
pero Agustín no volvía:
¿qué importaba?... Al cabo un día
exclamó Lucía:—¡Él es!
Al extremo del jardín
dulce un violin se quejaba:
¡cómo el alma palpitaba
al eco de aquel violin!
Era el caer de la tarde,
y á un tiempo, en igual sonido,
ella dijo: ¡Bien venido!...
Y él murmuró: ¡Dios te guarde!
Y mirándose los dos
con dulcísimo embeleso,
se dieron un largo beso
y se unieron ante Dios.

III

Cási sin penoso alarde,
tres años despues, Lucía
junto á Agustín se moría
al declinar de una tarde.—
—¿Vas á olvidarme?—Jamás,
llorando dijo Agustín:
¿Tendrá mi amargura fin,
si me dejas y te vas?...
—Confía en Dios soberano,
ella exclamó; no estés triste;
si el alma humana persiste
yo te hablaré en el piano.
Cuando suene tu violin
en ese espacio entreabierto,
yo en dulcísimo concierto

te acompañaré, Agustín.—
—¿Lo harás? con dolor violento
dijo Agustín; y Lucía
que murió al morir el día,
no murmuró ni un acento.
Lloró hacia adentro Agustín
de entereza haciendo alarde:
mas ¡ay! desde aquella tarde
quedó mudo su violín.

IV

Pasado un año, y rendido
á su mortal sentimiento,
Agustín al firmamento
alzó la frente afligido.
—¿Por qué eterno ese sol arde?
preguntó con saña impía:
»¡Pobre amor!... ¡pobre Lucía!
»¡hoy hace un año!... ¡Esta tarde!
Y en su tremenda aflicción
no habló más, que en sus enojos
el llanto afluyó á sus ojos,
la angustia á su corazón.
Y pensando en su Lucía
y abrazando su violín,
miró al fondo del jardín
cuando la tarde caía.
Y en son de amarga querella
dijo con la voz que llora:
—¡Ay, Señor!... ¡Esta es la hora
en que yo pensaba en ella!...
Ella solitaria aquí
soñaba conmigo amante:
¡en este solemne instante
pensaba también en mí!...
¡Oh! ¡si llegase á su oído
de este violín el acento!...
Mas ¡ay!—¡si irá por el viento
como un suspiro perdido!...
Y con vigorosa mano,
tocó, ¡tocó una vez más!
y ¡cosa extraña! ¡á compás
y acorde vibró el piano!...
Y estremecido Agustín
con aquel rumor suave
que contestaba en el clave
al dolor de su violín,
Mirando al espacio abierto
gritó al cabo: «¡Ay mi Lucía!»—
¡Feliz de él!... ¡La luz del día
le encontró en el jardín muerto!

ANTONIO HURTADO.

—o—o—o—
EN EL ABANICO
DE LA

SEÑORITA DOÑA C. DE B.

¡En Diciembre un abanico!
¡Con seis grados bajo cero!...
Mas ¡ah! si lo considero,
Fácilmente me lo explico;
Que ante el divino calor
De tus ojos encantados,
Suben á setenta grados
Los termómetros de amor.
Si en los ojos llevas lumbre
Y en el abanico hielo;
Si aquellos abren el cielo
Y éste causa pesadumbre;
¡Feliz quien de tu mirada
Al vivo calor palpita!
¡Ay! triste del que tirite
Si le abanicas... ¡helada!

JOSE ALCALÁ GALIANO.

Diciembre—1873.

MODAS**CRÓNICA SEMANAL**

El frío es intenso, y el mes de Diciembre ha concluido,
si bien animado por los rayos esplendentes del sol, no
por eso sin ostentar en las primeras horas de la mañana

el manto de escarcha, que es su inseparable gala y fiel
compañera.

La naturaleza, si no está muerta, á lo ménos duerme,
y los árboles, las flores y los pájaros, ni perfuman el am-
biente, ni encantan con sus gorgoros el ánimo.

¡Cuán triste es el invierno!—exclaman algunos,—que
miran con terror esas interminables noches, en las que al
calor de un modesto brasero, piensan en el *mañana*, tal
vez con íntimo desaliento, con terror profundo, ó bien con
la esperanza que nos acompaña desde la cuna hasta el se-
pulcro: ¡qué largo es el invierno!—dicen otros,—párias de
la sociedad, seres abandonados á sí mismos, quienes su-
friendo el hambre, el frío y la desnudez en su miserable
tugurio, anhelan los primeros rayos del sol de primavera,
para despojarse de su tristeza y empezar á vivir de nuevo.

¡Qué alegre es el invierno!—murmura la elegante dama
ó el privilegiado mortal, que sueña tendido en una cómoda
butaca ó en la mullida *marquesita*, fijando su distraída
mirada en los caprichosos giros de la azulada llama de la
chimenea, y recreándose ante la idea de un próximo sa-
rao, de un *estreno* en el lujoso Apolo, ó bien de un aristo-
crático baile de máscaras en el teatro de la Ópera!

También en las frías y lluviosas noches del mes prime-
ro del año, dedicanse algunas horas á sabrosas pláticas
ó á recreativas lecturas, y ya parécenos ver, sobre el artístico
velador de nuestras damas, las más bellas y amables, al-
gun número de LA ILUSTRACION UNIVERSAL, en el cual,
después de buscar distracción agradable en sus páginas,
encontrarán tal vez algo útil, y que guiarlas pueda en el
laberinto, siempre nuevo, siempre desconocido y misterio-
so de la moda.

El deseo de agradarlas, bien conocido es, pues que en
frecuentes ocasiones he procurado llenar mi tarea sin per-
donar esfuerzo alguno para ser útil consejera y amiga fiel
de mis encantadoras lectoras. Así pues, en LA ILUSTRACION
UNIVERSAL continuaré dedicándome á complacerlas.

¿Acaso hoy la moda no es una ciencia y campo vastísi-
mo, en donde la mujer puede estudiar el buen gusto unido
á la sencillez y á la economía que *debe* reinar en las fami-
lias? Por eso nuestras revistas abrazarán todo aquello que
merezca descripción, elogio ó crítica, separando del ca-
mino de la exageración, del ridículo y del mal gusto á
nuestras suscriptoras.

Pero la pluma corre sobre el papel, las líneas se suce-
den unas á otras, y aún nada hemos dicho de la impor-
tante cuestión que nos preocupa.

Mas veamos qué son esos mil objetos que esparcidos se
encuentran sobre las elegantes sillas de reps gris, que de-
coran un bonito *boudoir*, en el que, sentadas al lado de la
chimenea, están dos señoras: una es joven, rubia, cando-
rosa, bella como esos tipos ideales que sólo se encuentran
en Alemania.

La otra es una señora de mediana edad, y que de-
muestra ser la madre de la encantadora niña.

El traje de novia que en aquel momento examinan nos
lo explica todo: la joven se casa, y está verdaderamente
preocupada con las galas que forman la canastilla de
boda.

El vestido para la iglesia es de raso blanco con listas
mate y larguísima cola: túnica sin mangas, también de
raso, con chaleco igual á la falda, y recogida en un lado
con guirnalda de follaje y flores de azahar: otra caída de
las mismas flores baja por la espalda hasta la cintura: gola
Médicis de raso, con otra interior de tul ilusión.

Los rubios y profusos cabellos de la poética niña están
peinados con multitud de bandós, colocados artística-
mente y sembrados en ellos, se ven algunas flores de
azahar.

El larguísimo velo de tul ilusión, símbolo de la ino-
cencia y el candor, destinado á cubrir casi por completo
el elegante traje, se ve sobre un sillón al lado del vestido
que lucirá la madre de la desposada, y que nos parece
digno de mencionarse.

Su color es granate oscuro, y la falda de raso, comple-
tamente lisa y con majestuosa cola, acusa el buen gusto
de la hábil modista, y únicamente al borde ostenta un
ancho rizado, también de raso, y de un gris azulado: cor-
piño con largas aldetas, abierto en fichú sobre una pechera
de terciopelo, y el adorno de raso igual al que guarnece la
falda: doble gola de seda y tul y un lazo gris azulado en
un lado de las aldetas, completan el modelo, que es ver-
daderamente distinguido.

No ménos bello es el vestido que en la comida de ce-
remonia debe lucir la joven recién casada, y sobre todo

encierra tal novedad, que difícilmente puede encontrarse
otro igual.

Se compone de una primera falda de raso, adornada
con volantes de encaje, aplicación de Inglaterra, y con
delantal bullonado. La túnica forma larga cola, y es de
brocatel de seda lisa: el cuerpo figura un chaleco sin man-
gas, con escote cuadrado, y gola de aplicación de Ingle-
terra: los delanteros de la túnica están bordados con en-
caje, y un lazo de raso lo recoge graciosamente á cada lado
para lucir el delantal del vestido.

Á este elegante modelo acompañará un peinado un
poco elevado, con dos tirabuzones y una flor á un lado.

Un poco más lejos, nos fijaremos en el vestido desti-
nado para recibir las visitas, y nada perderemos, pues nos
parece encantador.

La falda es de gró de Lyon, color violeta de Parma,
con cola y tableada desde la cintura; un grueso cordón de
seda bordea la falda, y el mismo adorno sube por el de-
lantero figurando cerrarlo.

Túnica de terciopelo violeta, más oscuro que el vesti-
do, formando aldetas largas por delante y manto Pompa-
dour por detrás: fleco, borlas y botones labrados dorados,
la adornan.

Como los escritores tenemos el privilegio de ser invi-
sibles, permaneceremos observando y veremos entrar á
una graciosa camarera, portadora de dos ó tres cajas, y
sacar de estas tres sombreros, que á la ménos favorecida
de la naturaleza, harían bonita.

Uno es *Carlota Corday*, de terciopelo negro con lazos
de la misma tela, pero en color granate, lo que nos hace
creer, es para el traje que hemos descrito y destinado á la
buena madre; pluma verde y granate lo adornan y un lazo
de faya con caída, que se mezclan con otras de tul.

Otro modelo, estilo *Rabagas*, aparece no ménos lindo,
armonizándose el terciopelo negro con el rosa; tres rosas
á un lado, cordón negro y rosa, gran pluma y caída de en-
caje, completan este precioso sombrero.

No ménos lindo es el tercero, *La Vallière*, azul y blan-
co, con pluma y lazos azules y banda de gasa blanca.

De color rosa té es el ideal vestido, que para la hora
del baile ostentará la risueña y joven desposada.

El delantal, lo forman multitud de volantes de gasa
blanca, colocados de dos en dos, y en el espacio que me-
dia, un bullonado.

Túnica de gasa, con la cola formada por un ancho vo-
lante con bullonado de faya, igual á la primera falda; an-
chas solapas Luis XV, bordeadas con volante también de
faya adornan los costados y guirnalda de rosas, unen es-
tas con el *puff*; el cuerpo tiene peto por detrás y delante;
verta de faya y gasa; bullonados en la manga corta; ade-
rezo de perlas y entrelazadas con rosas en los cabellos.

¿Pueden imaginarse nuestras lectoras nada más dis-
tinguido y poético que este traje?

Elegante es la colección de ropa blanca, que colocada
artísticamente sobre una mesa, se presenta á nuestra vis-
ta, y que examinaremos, para describirlo en nuestro nú-
mero próximo, así como las batas, gabancitos de mañana,
y los modelos de chalecos, de chaquetillas sin mangas, de
cuellos Médicis, *mosquetero*, *Maria Stuard*, y otros que en
revuelta confusión se miran esparcidos, igualmente que las
joyas, y también trajes más sencillos, para que fácilmente
nuestras lectoras, ya pertenezcan á la clase elevada, ya á
la clase media ó más modesta aún, puedan con nuestros
figurines arreglar sus trajes y vestir sin grandes dispen-
dios, pero con el más exquisito buen gusto.

Fáltame, pues, recomendarlas nuestra ILUSTRACION
UNIVERSAL, asegurándolas que nos encontrarán siempre
dispuestos á no perdonar medio para agradarlas y com-
placerlas hasta en los menores detalles.

Patrones, dibujos y figurines, en nada desmerecerán
de los mejores del extranjero, anhelando sólo como re-
compensa, el favor del público.

Tenemos fe en nuestras propias fuerzas, que jamás nos
han abandonado, cuando hemos dedicado nuestras tareas
y nuestra modesta inteligencia al público, que sabe apre-
ciar y hacer justicia, y que verá cómo sabemos cumplir lo
que ofrecemos.

Las madres y las esposas nos agradecerán que, además
de ocuparnos de su belleza y adornos, dediquemos con
frecuencia algunos trabajos á esos benditos y sagrados la-
zos que, cual una cadena de flores, unen á las familias, y
que son los géneos de la paz y de la alegría.

Abrazando *un todo*, cada detalle tendrá su objeto es-
pecial de utilidad y de recreo para los lectores.

BARONESA DE WILSON.

NUESTROS FIGURINES

Modelos iluminados

I—Falda de faya color reseda, adornada con un biés de terciopelo verde botella: un volante del mismo color y de la misma tela está colocado á cierta distancia, pero ligeramente plegado.

Túnica-levita de terciopelo verde botella, abierta en los costados hasta la cintura, y con dos broches de lujosa pasamanería reseda: un cordon grueso con mezcla del mismo color que los broches, bordea la túnica y las mangas: el cuerpo tiene aldetas abiertas; gola *Medicis*, formada con terciopelo verde, y forro de faya reseda.

Plumas blancas adornan los cabellos.

Modelos en negro.

III—Traje para viaje.—(Véase hoja de patrones números 1 á 7.)

Falda de poplin marron oscuro con un volante fruncido y otro plegado, con doble rizado y un tercero encañado; un cordon con mezcla de dos colores bordea los volantes. Túnica polonesa de paño marron oscuro, muy larga por detrás y drapeada, formando un *puff* exagerado; el delantero figura delantal; el cuerpo tiene aldeta recta por delante y tableada por detrás; botones oxidados; cinturón de piel de Rusia, del que está suspendida una limosneta; pelerina con gola; toca, Carlos IX, de un color que armonice con el del vestido.

(Véase patron 1 á 7, corte de la pelerina y corpiño.)

Hoja de patrones.

Pelerina y corpiño del traje para viaje.

Figura I—Pelerina para viaje.

II—Cuello.

III—Delantero del corpiño con aldeta recta.

IV—Costadillo del corpiño.

V—Espalda del corpiño con aldeta plegada.

VI—Manga.

Corpiño del vestido para comida de etiqueta.

Dibujos.

Joyería bordada sobre piel clara; las flores con sedas á *realce*, procurando que los colores sean muy fuertes; los demás adornos, así como también la letra, con oro combinando el mate con el brillante.

Pantalla de pié bordada sobre piel gris oscuro; el ramo



3. Traje para paseo. (Patron 1 á 7)

II—Vestido de faya habana oscuro y habana claro: los volantes del delantero son del punto más oscuro, con biés claro: picos sueltos, dejando ver el forro oscuro, guarnecen la falda por detrás; el volante está abierto de distancia en distancia, y en el hueco una caída con ancho fleco.

Túnica redonda, levantada en los costados y recogida con dos caídas con fleco: el cuerpo tiene aldetas redondas y está abierto en fichú y adornado con una doble gola de faya de dos puntos de color. Chaleco de faya muy alto, con gola *Margot*, de tul ilusión.

IV—Traje para paseo.—Falda compuesta de dos colores, el delantero más claro y tableado con bandas interiores para sostener las tablas. Este modelo es verde-bronce, pero ya hemos indicado se hace de dos puntos de color.

Túnica.—Levita, de paño, con anchas solapas de faya, y recogida de un modo original y con los pliegues atravesados.

Chaleco Luis XV con aldetas redondas.

Sombrero de terciopelo verde-bronce; el ala es plegada y forrada con seda *rosa-lé*.



4. Traje para viaje

matizado con sedas; el jarrón con cordon de seda y torzal más oscuro que el fondo; los adornos del mismo con oro así como la letra; la cenefa de alrededor en aplicacion de piel ó tambien con cordon de seda como el del jarrón.

Almohadon bordado en blanco dominando el *punto de armas*, por ser hoy el bordado más en boga; las rositas pueden hacerse al *pasado* en *relieve* y los pensamientos *sobrepuestos*.

Tambien puede servir este dibujo para pañuelo, poniendo las iniciales en el centro.

Cenefa para *soutache*.

PRECIOS DE LA ILUSTRACION UNIVERSAL

	MADRID	PROVINCIAS	PORTUGAL	EXTRANJERO	CUBA Y PUERTO-RICO	FILIPINAS	AMÉRICAS NO ESPAÑOLAS
Un año	35 PESETAS	38 PESETAS	8000 REIS	60 FRANCO	14 PS. FUERTES	17 PS. FUERTES	15 PS. FUERTES
Seis meses	18 „	20 „	4500 „	31 „	7,50 „	9 „	8 „
Tres meses	10 „	13,50 „	2500 „	16 „	4 „	5 „	4,50 „
Un mes,...	3,50 „	4 „	800 „	„	„	„	„

MADRID: 1874.—Imprenta de Astor Hermanos, calle Cuesta de Ramon, núm. 3